

ESTUDIOS HISTORICOS.



Vista de la ciudad de Brujas.

ALDOVRANDUS MAGNUS.

CAPITULO I.

LA MADRE.

Todavía se vé en Brujas, no lejos de la academia real de pintura, una casa de madera cuya construcción data evidentemente del siglo décimo quinto. Transformada en nuestros días en una especie de cortijo, fué en 1490 nada menos que la morada del mas rico comerciante de la rica ciudad de Brujas. Llamábase este comerciante Nicolás Aldovrando y todos los años enviaba á Levante veinte barcos cargados de paño y telas; los cuales le traían en cambio mercaderías de aquellas apartadas costas. Semejante comercio emprendido con fondos considerables le rendía anualmente tres millones de florines: así es que fué uno de los que mas se alegraron cuando terminadas las diferencias entre el archiduque Ma-

Mayo 25 de 1843.

ximiliano y los vecinos de Brujas, volvió la paz á favorecer la industria y las especulaciones.

Una tarde despues de haber pasado todo el día en disponer la remision de sus mercancías, en dictar cartas para sus comensales y examinar sus libros de cuenta y razon llevados por mas de veinte dependientes que diariamente trabajaban en su escritorio, entró en el salón donde se hallaba su esposa. No pudo reprimir un movimiento de disgusto al verla acariciar tiernamente á un jóven de 15 á 16 años sentado á sus pies y que apoyaba lánguidamente la cabeza sobre las rodillas de su madre.

—¿Hasta cuando, exclamó, has de estar mimando á Antonio como si fuera un niño de dos años?

A la brusca voz de su padre se levantó Antonio, y con la cabeza baja, su cara fresca y rosada, medio oculta bajo su larga cabellera rubia, escuchaba la reprension de su padre sin responder y con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Qué linda cosa, continuó el viejo comerciante, llevar un gorro de terciopelo que una gota de agua echa á perder y vestido de seda que cuesta mas dinero que el que podría V. ganar en un año entero! Pero no tiene V.

la culpa, caballerito, sino su madre que fomenta semejantes ridiculeces y fruslerías.

Aquella á quien se dirigía la última reprensión de Aldovrando se levantó del sitio donde estaba sentada y se dirigió pausadamente hacia la ventana contra cuyo alfeizar se apoyaba su marido. A no ser conocidas las inmensas riquezas de este último, difícilmente hubiera podido explicarse como un viejo tan regañón se había casado con una criatura tan bella y amable. Ella tendría 32 años lo mas, y sus hermosos cabellos negros, recogidos con cuidado, prestaban un encanto irresistible á su frente pura y pálido semblante, lleno de cierta melancólica magestad indefinible. Hija del burgomaestre de Brujas, había abandonado hacia diez y seis años, por obedecer á su padre, la corte de la condesa Maria, su madrina, para casarse con Aldovrando, viudo en segundas nupcias y el mas rico comerciante de toda la ciudad. Ni el uno ni la otra encontraron la felicidad en esta union; Aldovrando jamás pudo perdonar su propia fealdad y su avanzada edad á la hermosa y jóven muger que había ido á habitar bajo su propio techo; y á esta le fué imposible, á pesar de su resignación á la voluntad paterna y su deseo de llenar sus deberes de esposa, olvidar la corte brillante de su madrina y comparar su existencia actual con la de otros tiempos. Para complacer á Aldovrando hubiera debido vestirse de paño burdo, levantarse al rayar el día, ponerse á la cabeza de los quehaceres domésticos y dar á los criados el ejemplo de amor al trabajo. Margarita jamás se sintió con semejante valor, y ni una sola vez intentó meter sus manos pequeñas y blancas en la caldera de la legía que las hubiera quemado. Pasábase los dias enteros en el salon donde vino á buscarla su marido sin otra distracción que su devocionario y su laud, sin mas consuelo que su hijo. A las órdenes imperiosas de su marido y á sus reprensiones, las mas veces brutales, oponía la mas eficaz y la mas invencible de todas las resistencias, la fuerza de inercia. Nunca replicaba, jamás discutía. Una obediencia absoluta parecia que era el único resultado de las órdenes que recibía; pero aquella organizacion débil y tímida jamás hacia una concesion á lo que no miraba como justo y necesario. Habitado Aldovrando á mandar á todos y verse obedecido puntualmente, jamás hasta entonces había podido triunfar de aquella débil criatura. Cuando vió al hijo separarse de la madre y que esta no respondia á sus reprensiones, se sintió devorado por la cólera.

—No puedo presentarme á vosotros, exclamó, sin ver desaparecer de vuestros semblantes la alegría y la felicidad y tornarse tristes y afligidos á mi aspecto ¿no soy vuestro marido? ¿No soy vuestro padre?

Antonio alzó la vista hacia su madre como para leer en su rostro lo que debía hacer. Margarita le indicó que se alejara y mientras el niño desaparecia con la ligereza de un pajar, se agarró del brazo de Aldovrando.

—Antonio está malo hace algunos dias, dijo ella; por eso no he querido que bajase á los almacenes como de costumbre. ¿Sabéis el cuidado que me inspira la poca salud de ese niño?

—El demasiado regalo es la causa de la mala salud de Antonio, señora, y si llevase una capa de paño burdo en vez de jubon de seda y unos calzones como su padre no tendria que temer sin cesar las toses y los esputos de sangre. Pero quereis vestirle á lo gran señor y ahí tenéis las consecuencias.

Desde las primeras palabras abandonó Margarita el brazo de su marido, se puso á borrar con gran atención y parecia hacer tan poco caso de las palabras de aquel, ó aceptarlas con tanta resignación que Aldovrando fuera de sí al ver tanta sangre fria, cogió una silla con violencia y la tiró á los pies de su muger haciéndose mil pedazos sobre las baldosas de mármol. Mar-

garita levantó los ojos, retiró un poco su silla y su bastidor y continuó borbando. Avergonzado Aldovrando de su propia cólera y furioso al ver la serenidad de su muger, rechinó los dientes y dió tal estiron á la cadena de oro que llevaba al cuello que la hizo tres pedazos.

—En fin, murmuró, todo esto vá á acabar muy pronto: ya que no puedo hacer que mi hijo me obedezca, se irá de mi casa.

A esta amenaza un temblor se apoderó de todos los miembros de la pobre madre y echó á su marido una mirada llena de temor y de desesperación. Aldovrando sorprendió esta mirada que dió á su corazón una cruel alegría, porque por primera vez veía que uno de sus tiros iba bastante bien apuntado para obligar á la victima á descubrir lo que padecía.

—Sí, continuó, Antonio saldrá de mi casa; y no tardará un año, ni un mes, sino que será mañana.

Apartó ella vivamente su bastidor y se levantó pálida, aturdida, y próxima á desmayarse.

—No lo hareis, dijo, no lo hareis.

—Si haré tal, interrumpió él con una violencia casi feroz. Antonio partirá mañana mismo para Ostende de donde se embarcará á bordo de uno de mis buques que se dá á la vela para Levante. Dirigido á mi consocio que está al frente de nuestra casa de comercio en aquel país, permanecerá en él cuatro ó cinco años, durante los cuales aprenderá la lengua oriental y no se irá con melindres para mudar de un sitio á otro las sacas, medir paño y escribir en los libros de comercio.

—¡Eso no es posible, no es posible, señor mio! Quereis divertiros con mi terror. Separarme de mi hijo quitarme mi alegría, mi solo consuelo, mi única felicidad! Oh! Eso no es posible.

—Pero os quedará vuestro marido, señora, refunfuñó el viejo sin compasion.

—¿Pero no sabéis que Antonio es mi vida, que sin él no me queda ya mas que morir?

—Pero os quedará vuestro marido. Repitió el inflexible Aldovrando.

—¿Qué quereis que sea de él, solo, débil, enfermo, durante las fatigas y peligros de una larga travesía, en un país extranjero, lejos de los cuidados de su madre? Oh, no le hareis que marche! Nicolás, amigo mio, tened compasion de mí! Que no marche!

—Gracias á Dios, señora, que he llegado á conmoveros. Gracias á Dios que habeis caso de lo que yo digo. Pero no por eso dejaré de hacer lo que he dicho. Dad orden de que preparen todo lo que necesita vuestro hijo para el viaje: mañana al amanecer se despedirá de vos.

Enjugó ella sus lagrimas; reprimió el movimiento convulsivo que agitaba todos sus miembros y se cruzó de brazos resueltamente.

—No marchará Antonio, dijo fijando en su marido miradas tan llenas de firmeza que hizo bajar al viejo los ojos.

—Si tratase de desobedecerme, le haria embarcar por fuerza.

—Antonio no marchará.

—Yo le enviaré á bordo atado de pies y manos.

—Antonio no marchará.

—Yo le maldeciré.

—Antonio no marchará. ¿Qué importan amenazas, que importan maldiciones que no escuchará Dios porque son injustas y crueles? Escuchadme bien, Aldovrando: yo he puesto un religioso cuidado en ocultar á las miradas de todos mis padecimientos y vuestra dureza; yo he querido que en el pueblo me creyesen sino feliz, tranquila. Yo he dicho á todos que érais bueno para mí, y mi mismo padre no ha sabido nunca ni por mis labios ni por mi rostro los tormentos y violencias que haciais sufrir á una pobre mu-

ger. Todavía haré lo que he hecho porque lo exige mi deber de esposa y de cristiana.... Pero si me separais de mi hijo, de mi niño, de mi único bien, si fuérais a arriesgar su fragil existencia á países remotos.... Ah! desgraciado de vos porque iría á buscar á mi padre, le contaría todo, le enseñaría esas astillas de muebles tirados por un hombre á una muger, por un marido á aquella á quien ha jurado proteger delante de Dios! Pediría á mi padre un asilo para la madre y para el hijo. Si mi padre no bastara á protegerme cont a vos, iría á echarme á los pies del conde Felipe, imploraría su justicia en nombre de su madre que fué mi amiga. Guardaos, Aldovrando, de separar la leona de su cachorro.

—Lo dicho, dicho. Replicó el viejo impasible.

Margarita se precipitó hacia la puerta. Aldovrando la impidió el paso, y una lucha cruel iba á trabarse entre ellos cuando se abrió la puerta de repente y dejó ver á un hombre como de cincuenta años de edad, y cuyo rico vestido de terciopelo parecía anunciar un personaje de la mas alta distincion.

A la vista del estrangero Margarita y Aldovrando se detuvieron por un movimiento reciproco. El semblante del viejo comerciante notablemente desfigurado por la rabia, se esforzó en tomar una espresion tranquila, y la madre de Antonio, palida como la muerte, quiso balbucear, aunque en vano, con sus labios convulsivamente contraidos algunas palabras de bienvenida al recién llegado. Este último fingiendo no haber visto nada de la estraña escena de que la casualidad le hacia testigo, saludó respetuosamente á Margarita y alargó la mano al mercader.

—He me aquí de vuelta al fin; llevo de Colonia donde mis negocios me han detenido cerca de seis años. El año ha sido bueno y la recoleccion de escudos de oro no ha faltado, amigo mio, añadió dando con cierto aire de familiaridad una palmada en el vientre de Aldovrando. Aquí traigo algunas letras de cambio de maese Spranger que me cambiareis por 200,000 florines, si ya no es que preferis guardarlas para hacerlas valer en vuestro comercio, como las diferentes sumas que os tengo entregadas.

—Vuestra confianza me honra demasiado y procuraré hacer valer vuestro dinero de una manera que justifique vuestra confianza, replicó el mercader, á quien la palabra oro dulcificaba siempre bastante. Ea, Margarita, da las órdenes necesarias para que dispongan inmediatamente la habitacion del señor Memlinck, á fin de que pueda descansar un rato.

—Tengo mas necesidad de cenar que de dormir, y si gustais esperaré aquí hablando con vuestra esposa la hora de la cena; suplicándola entretanto que acepte como testimonio del respetuoso afecto que la profeso, un rosario que he traído de mi viaje, el cual, despues de haber sido bendecido en Roma por el Santo Padre, ha tocado en Colonia la urna de las bienaventuradas virgenes y martires.

Y sacó de su bolsillo un magnífico rosario cuyas cuentas de oro macizo brillaban ostentando á la asombrada vista las cinceladuras mas maravillosas. Margarita alargó su mano al estrangero quien la llevó respetuosamente á sus labios sintiéndola abrasadora y convulsiva. Su corazon se conmovió á la idea de los sufrimientos de la pobre muger, aunque todavia ignoraba el motivo de sus pesares. «Desgraciada! Cuan caro paga una fortuna que no disfruta!

—Mamá, mamá, ¿quién vienes á cenar? exclamó Antonio entrando atolondradamente en la sala y que gracias á la irreflexion de su edad habia olvidado ya las duras palabras que le habia dirigido su padre. Cuando lo vio se detuvo avergonzado y confundido; pero al descubrir á Memlinck corrió á arrojarse en sus brazos.

—¡Ah! padrino mio, habeis vuelto ya! Me alegro, por que tengo que enseñaros algunas cosas si me dais palabra de no reiros de mí. He seguido vuestros consejos del año

último; he hecho algunas pinturas del modo que me dijisteis.

—No fastidies á tu padrino con majaderias, interrumpió bruscamente Aldovrando. Ea, compadre, vamos á comer.

Memlinck presentó la mano á Margarita. Antonio pasó graciosamente sus dos brazos al rededor del izquierdo de su padrino y los cuatro tomaron asiento en la mesa. No dejaba de ofrecer un espectáculo estraño la diversa espresion de cada uno de aquellos semblantes agitados por sensaciones diferentes. El viejo Aldovrando hacia penosos esfuerzos por parecer festivo y risueño; pero las palabras, aunque alegres por su sentido, no lo eran en la espresion; sus carcajadas groseras carecian de franqueza y sonaban como falsas. Margarita procuraba hacer graciosamente los honores de su mesa para obsequiar al amigo por quien experimentaba tanto mas afecto cuanto tierno y paternal se mostraba este con Antonio, y ponía todo su cuidado en hablar con una aparente serenidad de espíritu; pero cada vez que sus miradas se volvian hácia su hijo, la desesperacion oprimia su pecho y venia á ahogar su voz. Memlinck se esforzaba por aparentar que no veia las lágrimas que llenaban los ojos de la pobre muger; pero él mismo se sentia triste y disgustado: una especie de tortura parecia apretar todos sus miembros, y hasta el apetito que tenia al entrar en casa de su compadre habia desaparecido al sentarse á la mesa con unos convidados tan poco dispuestos. Solo Antonio comia con una hambre de diez y seis años y nada adivinaba de los pesares de su padre y de su madre.

Largo rato duró aquella estraña cena, en la que los mas esquisitos vinos parecieron amargos á Memlinck y no lograron volver la calma á su huesped: Margarita hizo señas á Antonio para que rezara la oracion de gracias. Todos se levantaron y fueron á sentarse debajo de la alta chimenea en la que ardía un buen tronco de encina. Antonio á quien las caricias incesantes de su madre hacian mas tierno y mas niño que lo es uno comunmente á su edad, se apoyó cariñosamente contra el pecho de su padrino y se puso á jugar con la cadena de oro que pendia de su cuello. Aldovrando sin escuchar la graciosa charla del niño se entregaba á pensamientos amargos, mientras que Margarita, la pobre Margarita veia con terror la frente de su marido cada vez mas sombría y amenazadora. Memlinck entre tanto aparentando que no se ocupaba mas que de su ahijado, espiaba furtivamente á los dos esposos y no tardó en comprender por las tristes miradas que Margarita dirigia á su hijo que el niño era causa de graves agitaciones domésticas.

CAPITULO II.

EL PADRINO.

A medida que avanzaba el tiempo, crecian los temores de Margarita: apenas podia sostenerse en su asiento y sus manos agitaban maquinalmente las agujas de hacer medias, sin advertir que no formaban una sola malla. En este estado oyó las nueve de la noche, y Aldovrando dió la señal del rezo, llamando con un pito de plata que llevaba en su cintura, á todos sus dependientes y criados, y á doce ó trece trabajadores que vivian en su casa. Todos se arrodillaron sin hacer ruido en el salon, con la cara vuelta hácia una virgen colocada encima de la chimenea, reinando el silencio mas profundo y religioso. Entonces el amo de la casa, solo y de pie en medio de la asamblea, principió con voz lenta y grave á rezar las oraciones de la noche; recitó primero la *oracion dominical*, en seguida el *credo* y el *confiteor* y concluyó con el *Ave Maria*. Margarita entonces con los transportes de su dolor y sin que de ella

se apercibiera, mezcló su plegaria débil y sollozante con el desembarazo severo é insensible del viejo, que pronunciaba con indiferencia la palabras de amor dirigidas á la divina protectora del pecador; aquella que reunió la pureza angelical de una virgen al sublime carácter de la maternidad. Aldovrando no se atrevió á interrumpirla, y Memlinck se sintió conmovido hasta el fondo del corazon cuando la oyó esclamar con lastimera expresión:

—Santa Maria, Madre de Dios, ruega por nosotros!

Terminada la súplica, se levantó Antonio y fué á arrodillarse delante de su padre y le dijo:

—¿Papá, me dá V. su bendicion?

Esta era la costumbre de todas las tardes. Cuando Aldovrando vió al niño arrodillado y con la cabeza respetuosamente inclinada, se enterneció un poco y una ligera emoción alteró su voz mientras ponía sus manos sobre la frente de Antonio.

—Duerme en paz; le dijo; yo te bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo.

—Amen, exclamó Margarita, *amen* volvió á repetir.

Antonio se separó de su padre y fué á arrodillarse tambien delante de su madre para recibir su bendicion; pero esta estrechó convulsivamente contra su pecho al niño y lo cubrió de besos y de caricias. Aquel trasporte volvió al viejo toda su cruel resolucion: se dirigió á ellos; cogió por el brazo á Antonio, sorprendido y consternado por el dolor de su madre, y dijo:

—Vete á la cama que ya es hora.

En seguida se volvió á Memlinck y le dijo.

—Dios os guarde, compadre.

Todosse levantaron y el mercader permaneció solo con Margarita. Esta se echó á los pies de su marido sin fuerzas, sin resistencia, sin valor, Aldovrando la mira friamente, y como le alargase ella los brazos para suplirle, le pregunta:

—¿Está todo dispuesto para la partida de Antonio?

Margarita lanza un agudo grito y cae sin conocimiento.

Su desmayo desconoció al viejo mercader que jamás habia visto á su muger en semejante estado de agitacion. Trata de hacerla volver en sí; pero se dió tan malas trazas que fueron inútiles todos sus esfuerzos. Entonces aquel cuerpo helado y á la vista de aquellos miembros inmóviles y frios, tuvo miedo y llegó á creer que Margarita estaba muerta. Mil siniestros pensamientos asaltaron su imaginacion; un mundo hubiera dado por no haber concebido aquel fatal proyecto, á cuyo golpe tal vez habia succumbido su muger. Reprendiase espantado su obstinacion inexorable en no ceder á las súplicas de la pobre madre. Ora se encorvaba sobre Margarita, la cogía las manos, derramaba agua sobre su frente y esperaba con ansiedad el resultado de aquellos socorros; ora se levantaba violentamente, renunciaba á sus tentativas inútiles y marchaba con pasos precipitados por el vasto salon acusando alternativamente á Margarita, á su hijo, y á sí mismo. Tan pronto volvía donde estaba su muger, como se separaba de ella sin atreverse á llamarla pedir socorro, estraviada casi su razon. Al fin tomó el partido de coger á Margarita en sus brazos, echarla sobre su cama y llamar en seguida á sus camareras. Pero no era empresa fácil para un viejo levantar la pesada é inmóvil carga de una muger tiesa por las convulsiones y tal vez por la muerte. Cubierta la frente de un sudor frio muchas veces intentó poner en ejecucion su proyecto; pero cuando despues de increíbles esfuerzos lograba levantar el cuerpo, se escapaba de sus brazos y volvía á caer sobre las baldosas con un ruido siniestro. En fin despues de inútiles ensayos que duraron mas de un cuarto de hora, logró su objeto, y encorvado bajo su carga llegaba ya á la alcoba de Margarita cuando se halló de pronto frente á frente con Memlinck. Al aspecto inesperado de su huesped, Aldovrando dejó caer en tierra á Margarita, que

permaneció inmóvil á sus pies con los cabellos esparcidos y como un cadáver. Memlinck dirige alternativamente sus miradas sobre aquel triste objeto y sobre el semblante pálido y descompuesto del viejo: en seguida se inclina sobre la desgraciada muger, pone la mano sobre su corazon, consulta su respiracion por medio de un anillo de oro finísimo que colocó delante de sus labios y conoce que vive todavia. Sin proferir una palabra, levanta fácilmente en sus brazos robustos aquella carga bajo la cual habia succumbido Aldovrando, y la coloca sobre la cama en una pieza inmediata; en seguida se puso á prodigarla cuidados activos é inteligentes, sin reparar en el viejo que á corta distancia permanecia con la cabeza inclinada y los brazos cruzados, lleno de estupor y como anonadado. Al cabo de algunos minutos un suspiro débil salió del pecho de Margarita, Memlinck cogió de la cintura de la enferma un pito de plata del que hizo salir un agudo silbido que llenó la casa entera. Momentos despues dos mugeres medio vestidas y llenas de terror corrieron al lado de su ama.

—Desabrochad una de vosotras el corsé á la señora, dijo Memlinck con tono solemne de médico; entretanto la otra puede calentar la cama; despues de lo cual la acostareis y cuando todo esté concluido vendreis á avisarnos á la sala.

Las mugeres se dieron tal prisa en ejecutar las órdenes de Memlinck que no tardaron este y Aldovrando en entrar en la alcoba. Un segundo suspiro se escapó nuevamente del pecho de Margarita, y sus labios quisieron balbucear algunas palabras.

—¡Antonio! Antonio!

En seguida en medio de un sacudimiento convulsivo, se incorporó de repente, vió á su marido y le alargó los brazos gritando:

—¡No me separeis de él!

Y cayó desmayada.

Memlinck hizo señas al viejo para que saliera, prescribió á las criadas lo que debian hacer para socorrer á su señora y fué á unirse con Aldovrando en la pieza inmediata.

—Ahora bien, amigo mio, le dijo, aunque no me corresponde mezclarme en vuestros asuntos de familia, quereis decirme que causas han producido tan deplorables resultados? Tened presente que si volveis á esponer á vuestra muger á una crisis semejante, la matareis infaliblemente.

—Sin embargo, replicó Aldovrando con voz inflexible, es menester que ceda, es menester que obedezca.

—¿Pero que exijis de ella?

—Nada de ella, sino de mi hijo: quiero que parta mañana para Levante á fin de que estudie allí la lengua, á fin de que se ponga al corriente de los asuntos del pais; en una palabra, que llegue á ser un corresponsal inteligente y con el tiempo un consocio que me secunde y reemplace en los cuidados de mi comercio.

—Siendo como sois rico, ¿es por ventura prudente ese partido? En Levante reinan fiebres frecuentemente mortales; vuestro hijo, de una complexion delicada corre gran riesgo de succumbir á ellas; ademas no creo yo que su madre, si llega á resistir á su partida, pueda sobrevivir á su muerte. ¿Y por alguna que otra ventaja para vuestro comercio, quereis esponeros á perder todo vuestros vínculos de familia?

—Semejantes reflexiones son fáciles para los que como vos cuentan por millares los florines; pero yo....

—Pero esos millares de florines, como decís, respondió Memlinck con ironia, en vuestra edad, no pueden compararse con el dolor y tal vez la vida de una muger y de un niño. Escuchad sin embargo. Existen para vuestro hijo y para mi ahijado medios de fortuna muy seguros y menos peligrosos que el comercio. Precisamente Antonio ha recibido del cielo el don precioso necesario

para ser feliz por el mismo camino, por el que Dios ha querido que yo lo sea. Diez y seis años hace que os conozco y en todo ese tiempo no me habeis preguntado cual ha sido el origen de mis riquezas, contentandoos con recibir los florines que os enviaba del extranjero para que los hiciérais valer en vuestro comercio. Viajando siempre y lejos de Brujas, mis dignos compatriotas, ocupados en su tráfico de lana y paños, ignoran que he nacido entre ellos, que gozo en el mundo de una gran celebridad y que el duque de Borgoña, el rey de Francia y nuestro santo Padre se disputan la satisfacción de tenerme á su lado en su corte: testimonio y prueba de aquella verdad del Evangelio que *ninguno es profeta en su patria*. Yo me consuelo, trato de consolarme de esa indiferencia de mi país natal, indiferencia que no deja de serme amarga, por que es común á mis mas íntimos amigos..... Pero oigo la voz de vuestra esposa que vuelve de su desmayo. Concluyamos. Yo no tengo hijos; conocéis una parte de mi fortuna, y la que no conocéis todavía vale por lo menos el resto. Renunciad á vuestros proyectos de partida para vuestro hijo; confiádmelo y yo adopto á mi ahijado y le dejo toda mi fortuna que no tendra que esperar mucho tiempo, porque cuento 60 años de edad. Aceptais?

—Acepto, balbuceó Aldovrando, estupefacto con aquellas ofertas tan brillantes como inesperadas.

—Vamos, pues, á tranquilizar á vuestra muger.

Y entraron en la alcoba donde Margarita repetía con una especie de delirio.

—¡Dejadme! ¡dejadme!

—Sí, os lo dejaremos, respondió Memlinck tomando la mano húmeda y fría de la pobre madre. Antonio no dejará á Brujas, ni á su madre: solo vendrá á vivir conmigo en mi casa, donde podreis verle y abrazarle á todas las horas del día.

Margarita fijó sus miradas en Aldovrando como para recibir de él la confirmacion de las palabras que Memlinck acababa de dejar caer suavemente sobre su corazón; Aldovrando hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

La alegría llegó á ser casi tan funesta á Margarita como le habia sido el dolor. Sus agitaciones nerviosas volvieron á atacarla, y el resto de la noche se paso en los cuidados que fué preciso prodigarla. El sol principiaba á aparecer, cuando los dos viejos pudieron retirarse á descansar. Memlinck no tardó en dormirse profundamente; pero el mercader de paños, despues de haber llamado inútilmente el sueño, tuvo que levantarse al fin y bajó á sus almacenes y escritorio, donde su semblante mas severo y melancólico que de costumbre inspiró en todos el temor y el silencio.

CAPITULO III.

SU HISTORIA.

A la hora del almuerzo, es decir, á las once de la mañana, Aldovrando vió á Memlinck que se dirigía á él.

—Margarita se siente bien, dijo el padrino de Antonio; mi ahijado la hace compañía, y la campana no tardara en llamarnos al comedor: venid, pues.

Se agarró del brazo del mercader y le introdujo en el comedor. El corazón del viejo latía con mas violencia al acercarse á aquella á quien la vispera habia tratado con tanta brutalidad, y por su parte Margarita no se sentia menos conmovida. Palida, vestida de blanco y recostada en un gran sillón de ébano, veíase en su semblante las huellas de sus dolores de la vispera; una larga mancha azulada se extendía sobre uno de sus brazos que medio cubrian los anchos pliegues de su manga. Al ver á su marido no pudo menos de temblar, y este con un tono de voz áspera que se esforzaba por hacer aparecer tranquila y dulce, se informó con bastante torpeza de la salud de

Margarita. Esta balbuceó una respuesta ininteligible y Memlinck puso término á la embarazosa situacion de ambos diciendo á Antonio que rezara el *benedicite*.

Antonio obedeció; todos se sentaron á la mesa, pero nadie comió á escepcion de Memlinck, cuyo apetito tenia algo de sobrenatural. Mientras que con tanta pasion se entregaba al placer de la mesa, no se ocupó en manera alguna de los que se hallaban á su alrededor; pero le fué preciso renunciar con sentimiento á las viandas de que habia alternativamente llenado y vaciado su plato, y cuando puso término á los éstasis de la glotonería, entró en la vida real, vació de un solo trago un gran vaso de vino, se volvió á Margarita y la dijo:

—Antonio vá á ser mi hijo, mi heredero y mi discípulo. Antonio llegará á ser lo que yo he sido y soy; un pintor.

—¡Un pintor!

—¿Pues qué? Creeis que la profesion que gana cien millones de florines en treinta años no equivale á la del mercader de paños? replicó Memlinck con el indecible aplomo del hombre que goza de los dos mas excelentes lastres del mundo, la digestion de una buena comida y la satisfacción de una fortuna considerable. Sí, amigo mio; los bocetos que la casualidad me ha hecho encontrar ayer en el cuarto de mi ahijado me han revelado en él disposiciones maravillosas para mi arte, y quiero que Antonio, puesto que el cielo me ha negado un hijo, llegue á ser á la vez el heredero de mi gloria y de mis riquezas.

«Escucha, Antonio, continuó arrimando hácia sí al niño y haciéndole sentar sobre sus rodillas, porque las apariencias de Antonio eran tan infantiles que no podia menos de ser tratado como un niño á pesar de sus quince años: ya sabras las pruebas que te esperan y las recompensas que coronarán tus trabajos y tu perseverancia.

«Cincuenta años hace que un jóven llegó á la ciudad de Brujas, herido, devorado por la fiebre, medio desnudo, sin calzado y en un estado de miseria capaz de conmovier al corazón mas empedernido. Soldado hacia algunos meses, no habia podido resistir á las fatigas de una profesion, para la que se necesita un cuerpo y un corazón de hierro. Como jamás se habia sentido con valor para robar ni con fuerzas para vejar á los pobres paisanos á fin de sacarles algunos escudos enterrados en un rincón de su jardín, carecia de todo y se veia hecho el ludibrio y el blanco de las chanzonetas de sus camaradas. Menos sufrido de lo que necesitaba, contestó con estocadas á los sarcasmos de los bufones, y si buenas cuchilladas dió buenas cuchilladas le valieron, recibiendo al fin una en el pecho que le dejó moribundo á orillas de un camino. Una muger anciana pasó casualmente por allí, se compadeció del pobre soldado y logró arrastrarlo hasta su cabaña, donde lo curó lo mejor que pudo, su ancha herida. No murió, pero su estado no era mejor, porque la llaga se envenenó, y apareció la fiebre, causando un fuerte delirio al enfermo. La pobre muger no sabiendo que hacer para socorrer al moribundo que forcejeaba en los transportes de la agonía, fué á ver á la superiora del hospital de Brujas y la suplicó que enviara á buscar al enfermo que se hallaba en su casa desprovisto de todo socorro. La buena religiosa de San Juan no vaciló; dos enfermeros partieron al punto con una camilla, y el moribundo levantado de la paja podrida sobre la cual yacia despues de un mes, se vió colocado en una buena cama y rodeado de cuidados tiernos y compasivos. Un sacerdote sentado á su cabecera le hablaba del cielo y le ayudaba á soportar con paciencia sus dolores mostrándole á Cristo enclavado en una cruz; las buenas hermanas con su voz dulce y sus tiernas atenciones quitaron, por decirlo así al dolor sus mas crueles espinas, de modo que el soldado, merced á tantos consuelos y cuidados, sintió que su enfermedad perdía poco á poco su violencia. Pero la convalecencia vino len-

tamente y exigía cien veces mas precauciones y presentaba casi tantos peligros como la enfermedad. Durante las primeras semanas el soldado no dejaba la cama sino para ir a respirar un poco de aire fresco y calentarse al sol durante algunos minutos; volviase en seguida á su cama donde la mano caritativa y cuidadosa de una hermana lo arropaba con unos buenos cobertores, como lo hubiera hecho la madre mas tierna y cariñosa. Entonces largas horas principiaban para él, porque recordaba con amargura las faltas de su juventud, reconocía la justicia de los castigos con los cuales Dios le hacia espiar los errores de su juventud que confesaba habia sido muy culpable.

En efecto el joven tenia muchas faltas de que reprenderse. Hijo de un carnicero, se habia visto constantemente rodeado por parte de su padre del afecto mas estremado, mientras que su madre con una ternura exagerada, satisfacía todos sus caprichos; así es que llegó á ser desobediente y desidioso, entregándose insensiblemente á una vida de desórdenes y de locuras, en la que no pudieron contenerle ni las reprensiones de su padre, ni las lágrimas de su madre. Perdía todo su tiempo en la ociosidad, en lugar de seguir las lecciones de su maestro y de instruirse en el arte de la pintura que habia logrado aprender con gran sentimiento de su padre, que hubiera preferido verle heredar su profesion lucrativa y honrada de carnicero. Pero el joven se acomodaba mal al olor del tabanco y tenia demasiado orgullo para resignarse á trabajar con el machete en la mano al lado de unos muchachos cubiertos de sangre; ademas prefería ir al obrador de pintor, porque aunque era muy corto el camino, sabia alargarlo de modo que no llegaba á él en toda la mañana, es decir, que disipaba con su mala conducta las horas que hubiera debido emplear con utilidad manejando el pincel. Y era tanto mas culpable en no hacerlo así, cuanto que anunciaba brillantes disposiciones; sin embargo, á pesar de la conducta desarreglada y desidia de su discípulo, el viejo pintor Rogers no pudo resolverse á enviarlo á sus padres, ni renunciar á hacer de él con el tiempo el honor de la admirable profesion que tiene por patrona San Lucas.

Alentado en su desarreglada conducta por la tolerancia de su maestro y por la debilidad de su madre, que retrocedía ante la idea de contar á su marido los estravios de su hijo, Juan, así se llamaba el joven, no salía nunca de la taberna y la embriaguez vino á juntarse á sus demas defectos. Una mañana, volvió á su casa desgreñado, sucio, con el vestido descompuesto, tambaleándose, y de este modo atravesó el patio y entró donde estaban sus padres. Juzgado cual seria la sorpresa de estos cuando vieron entrar á su hijo en semejante estado! Su padre principalmente que ignoraba que Juan estuviera fuera de su casa montó en cólera y cogió al embriagado joven por un brazo para meterlo dentro viendo que trataba de marcharse otra vez. Trabajó entre ambos una lucha terrible, en la cual la capa del joven de que tiraba el viejo con todas sus fuerzas se rasgó de pronto, cayendo el infortunado padre de espaldas y rompiéndose la cabeza contra el pavimento.

¡Oh! ¡Qué horrible fué aquel espectáculo! A pesar de los sesenta años que han transcurrido desde aquella hora fatal, el culpable tiembla todavia bajo el peso de los remordimientos y del dolor al recuerdo de aquel fatal accidente!

Memlinck ocultó la cara entre sus manos y continuó despues de una breve interrupcion:

Dios no quiso limitar á esto el castigo del culpable joven. Su madre acudió á los gritos que éste daba. A la vista del cadáver de su marido, pierde la razon, y no tardó en sucumbir, muriendo pocas semanas despues de la catástrofe..... ¿Qué mas os he de decir? Habiéndose quedado huérfano, perseguido por el horrible pensamiento de haber sido la causa de la muerte de su padre y de la que le habia dado el ser, Juan se entregó mas desafora-

damente que nunca á su vida licenciosa y buscó el embriaguez y el olvido en la embriaguez. Un año despues ya no le quedaba una sola blanca de su patrimonio, disipado en locuras, y le fué preciso dejar por órden de las autoridades una ciudad que habia deshonrado con el escándalo y con el ruido de sus desórdenes.

¿Qué hacer? ¿qué partido tomar? Al salir de la ciudad, pasaba casualmente una compañía de soldados; tomó plaza en sus filas y se alistó bajo su bandera..... Soldado! Qué existencia, Dios mio, sobre todo en aquellos tiempos de desórdenes y de guerra! Pillar, robar, incendiar, asesinar, ser testigo, ya que no cómplice, de toda clase de crímenes, esponer su vida bajo la órden de un capitán brutal que no conoce otro medio de hacerse obedecer que el baston y el insulto; he aquí cual fué por espacio de tres años la suerte de Juan. Ya sabéis lo demas, el pobre soldado fué herido, abandonado por sus camaradas que le despojaron antes de cuanto tenia, una anciana lo recogió en su cabana de donde fué trasladado al hospital de San Juan.

Larga fué la convalecencia y Dios se dignó, durante las largas y penosas horas que retenían á Juan en su cama, hacer germinar en su alma las semillas del arrepentimiento y de la virtud que echaban en ella las exhortaciones y los ejemplos de las caritativas hermanas que servían en el hospital. Habia visto tan cerca la muerte, que parecia resucitar á otra vida, y juró á Dios y á nuestra Señora ser en lo sucesivo tan buen cristiano y tan honrado ciudadano como separado habia estado hasta entonces de la verdadera senda.

Encantadas con su conversion las hermanas, redoblaron desde entonces su tierna solicitud y sus cuidados para con el pobre convaleciente, y éste para asegurarse su reconocimiento, resolvió pintar para la capilla de las piadosas mugeres un cuadro que ellas por su demasiada pobreza no podían encargar á un pintor de nombrada. Les comunicó, pues, su proyecto y aun cuando ellas no contaban demasiado con el cuadro del soldado, no por eso dejaron de proporcionarle todo cuanto necesitaba: colores, pinceles, y una tabla. Juan se refugió en un rincón abandonado del hospital y puso manos á la obra, procurando recordar lo mejor que podía las lecciones del maestro Rogers. Algunos meses pasaron, al cabo de los cuales llegó la solemnidad de las Pascuas. Juan acababa de dar la última mano á su cuadro; pero cansado, desanimado, hubiera de buena gana echado al fuego su obra, sino le hubiese asaltado el temor de ser reprendido por haber gastado tres hermosas tablas de madera fina que hubieran podido servir para cualquier otro objeto. Salió, pues, enfermo del sitio que habia elegido para su obrador y se metió en la cama calenturiento, desesperado, porque el convencimiento de su falta de talento y de su incapacidad en un trabajo que habia emprendido tan locamente, le abrumaban con el peso de la humillacion y del pesar.

Hallándose á la sazón en Brujas, á donde habia ido á llevar un cuadro que le habia encargado el conde de Flandes, el célebre Juan Van-Dyck, inventor de la pintura al óleo, pasó el Jueves Santo segun la usanza de las personas de alto rango, al hospital para hacer obras de caridad, servir á los enfermos en el refectorio y lavarles los pies. Casualmente pasó cerca del cuarto que Juan habia elegido para su obrador, y viendo en el suelo pinceles y colores, por un instinto de pintor, empujó la puerta y vió el cuadro.

Este representaba la adoracion de los reyes, á uno de sus lados se veía la presentación de Jesus en el templo, y en el otro el niño Dios acostado en el establo sobre una punta del manto de la Virgen. Juan habia pintado su propio retrato en aquel cuadro, representándose con el trago que usaba en el hospital y la cabeza cubierta con un gorro, y asomado á una ventana.



Juan Van-Dyck quedó sorprendido delante del cuadro.

—¿Quién ha pintado esto? preguntó.

—¡Ah! replicó una hermana encogiéndose de hombros, es un pobre enfermo que tememos no pueda curar y que pasa su tiempo pintando esas cosas. Por lo demás él lo hace por un buen motivo, porque sabe que somos demasiado pobres para comprar un cuadro para nuestro altar mayor, y ha querido pintarnos uno, pero parece que no está muy contento con su obra.

—¿Dónde está ese hombre? interrumpió Van-Dyck.

—Allá abajo; á lo último de la sala; allí lo vereis acostado con calentura: tanto ha sentido, según parece, no haber pintado mejor su cuadro! Van-Dyck se llegó á ver á Juan y se descubrió la cabeza delante de él.

—Hermano, le dijo, benditos sean la santa Virgen y San Lucas, nuestro divino patron, porque sois un gran pintor.

Juan le miró lleno de estupor como atontado y temiendo estar delirando.

—Sí, replicó el generoso Van-Dyck, si, la fortuna y la gloria os esperan. Levantaos, pues. Salid como Lázaro del sepulcro de la pobreza para resucitar á la fortuna y á la felicidad. Si necesitáis dinero, tomadlo: me lo pagaréis con el primer cuadro que hagáis, una vez que la adoración de los magos pertenece al hospital de San Juan, pues parece que se lo habeis regalado.

¿Qué mas puedo deciros? Juan se levantó, Juan siguió á Van-Dyck; Juan fué presentado al conde de Flandes, Felipe el Bueno, se vió alojado en Gante en el palacio del principe, ganó sumas considerables, viajó, fué recibido en todas partes como si hubiera sido un alto y poderoso señor, y concluyó por amontonar los florines que habeis hecho valer en vuestro comercio, maese Aldovrando, porque Juan, el pobre soldado y el pintor de fama, soy yo. ¿Queréis ahora, decid, queréis que vuestro hijo, mi ahijado, llegue á ser mi discípulo, viva en Gante conmigo y herede un dia mi fortuna, y según espero tambien mi gloria! Si, porque los bocetos que he visto suyos anuncian una verdadera vocación de pintor; fácil

es conocer que San Lucas ha puesto el fuego divino de su arte en el corazon de ese niño. Si, yo lo espero, toda la cristiandad sabrá un dia el nombre del pintor Aldovrando, como sabe mi nombre, el nombre de Memlinck.

Margarita alargó su mano blanca y delicada á Memlinck, quien la llevó á los labios. El viejo mercader permaneció pensativo largo rato, despues del cual dijo con tono brusco:

—Teneis mi palabra; que parta con vos.

Una lagrima corrió por las pálidas mejillas de la pobre madre é hizo un movimiento como para correr hacia su hijo, Memlinck comprendió lo que pasaba en el corazon de Margarita.

—Gracias: mañana nos pondremos los tres en camino.

—¿Los tres? Replicó el mercader.

—Los tres, sí; necesito á vuestra esposa para instalar á vuestro hijo en mi casa. Y ademas es necesario que el niño no se separe tan bruscamente y á un mismo tiempo de su pais natal y de su madre.

Y como Aldovrando vacilase, añadió Memlinck.

—Y sobre todo: ¿no es necesario que déa alguna persona de confianza, para que os entregue despues, los pergaminos que deben establecer nuestro proyecto de asociación para el lucrativo negocio de Levante de que me habeis hablado esta mañana?

Haciendo sonar de este modo el oro en los oidos del viejo, el pintor concilió todas las dificultades y la madre y el hijo partieron con él para Gante al amanecer del siguiente dia.

CAPITULO IV.

UN CLÉRIGO

QUE SE MUERE DE HAMBRE.

A medida que las mulas, sobre las cuales cabalgaban, se alejaban de Brujas, Antonio y su madre sentían aliviarse

el peso que oprimía su pecho. Su imaginación como un pájaro escapado de la jaula que lo tenía cautivo, se entregaba á mil alegres retozos, iba de la tierra al cielo y del cielo á la tierra, giraba de una parte á otra, brincaba por el espacio, cantaba y calentaba sus alas á la llama vivificante de la libertad. Jamás Margarita, desde el día de su casamiento, se había separado del viejo Aldovrando; jamás, desde el día de su nacimiento, se había alejado Antonio de la casa paterna. ¡Y sin embargo hélos ahí á los dos libres de un yugo severo y triste! Hélos al lado de un indulgente y tierno amigo, recorriendo la campiña, con el corazón inundado de alegría y el cuerpo bañado de aire puro y de sol. De este modo anduvieron tres ó cuatro leguas; al ver la loca alegría de Antonio, nadie hubiera reconocido en él al niño enfermizo, y por cuya salud se hallaba siempre su madre acometida de mil zozobras desgraciadamente fundadas. Pero quien principalmente estaba loca de contento era Margarita, á quien su brillante serenidad parecía haber vuelto la frescura y belleza de su juventud. Una ligera animación coloreaba sus mejillas habitualmente palidas: guiaba á su mula con desembarazo y se complacía en hacerla dar botes bajo el látigo ó obligándola á morder impetuosamente el freno. Con los cabellos en desorden veíasele tan pronto galopar con la rapidez del rayo; tan pronto detenerse y esperar riéndose al viejo pintor y á Antonio, que hubiera querido imitar los juegos de su madre, pero á quien detenía una desconfianza tímida de su talento en equitación; en seguida cuando aquellos la alcanzaban, volvía á sus locas carreras, desaparecía frecuentemente á sus miradas y volvía con su cabalgadura bañada de sudor y el bocado cubierto de espuma.

Una vez los dejó completamente, descendió la larga pendiente de una colina y desapareció á la vista de sus compañeros. Estos esperaban sin embargo que pronto llegarían á reunirse con ella; pero con gran sorpresa suya, Margarita no volvió, y llenos de inquietud apretaron el paso temerosos de que la hubiese ocurrido alguna desgracia. Antonio sentía deslizarse las lágrimas por sus mejillas, y maese Memlinck, sin participar á Antonio lo que experimentaba, no dejaba de alarmarse. Después de media hora de marcha precipitada descubrieron al fin al pie de un árbol á Margarita, apacada de la mula y que desde lejos parecía sentada descansando; pero á medida que avanzaban, distinguieron poco á poco que no estaba sola sino al lado de un hombre tendido á sus pies y á quien prestaba socorros. Cuando llegaron á donde estaba, la encontraron en efecto ocupada en hacer volver en sí á un joven desmayado, vestido con una mala sotana toda desgarrada y que abriendo al fin los ojos, los dirigió en torno suyo con una especie de enagenación; incorporóse en seguida y rechazó dulcemente á las personas que habían acudido en su auxilio.

—¡Gracias por vuestros cuidados, dijo, gracias por vuestros cuidados, mas funestos que útiles! porque tal es mi miseria que prefiero cien veces morir á vivir de este modo.

—¡Tan joven y tener semejantes pensamientos! dudar de la providencia! exclamó Memlinck. Ea, joven, esos discursos no son dignos del vestido que llevas.

—Los vapores del hambre turban el espíritu y la religión, replicó el clérigo: hace tres días que no como.

—¡Ola! muchachos! venid acá, dijo Memlinck á los criados que le acompañaban. Descargad una mula y dad de comer á este joven. Servidle lo que haya de mas nutritivo y mejor: una lonja de jamón y una botella de vino del Rin.

—Ese sería el medio infalible de que se pusiera peor, interrumpió Margarita presentando al enfermo una rebanada de pan, sobre la cual brillaba el oro succulento de una brillante conserva de frutas. Esto aprovechará mas á su estómago vacío y débil, que el jamón.

El clérigo tomó al principio lánguidamente los alimentos que le presentaba Margarita; pero avivándosele el apetito, á medida que comía, no tardó en devorar la rebanada de pan, procurando indagar con sus miradas cada vez mas vivas, si su bienhechora estaba dispuesta á ofrecerle algun otro alimento.

—Basta esto por ahora, dijo Margarita con una sonrisa que acabó de conquistar el corazón del clérigo, á pesar de que este alargaba la mano derecha en demanda de nueva ración de pan y dulce; montareis á la grupa de la mula de uno de nuestros criados, y nos acompañareis hasta Gante: allí hablaremos de vuestra posición y acordaremos el medio de mejorarla, si lo mereceis como parece.

El clérigo dió gracias á su bienhechora, montó en una mula detras de un criado, y la pequeña caravana se puso en camino para Gante, á donde llegó sin otro accidente á media noche.

En la mañana siguiente cuando todos nuestros viajeros se hallaban reunidos para almorzar en la espaciosa sala cubierta de madera, que en todas las casas, servía en aquella época de salón y de comedor, vieron llegar al clérigo: había hallado al lado de su cama, gracias á la sollicitud de Memlinck, una sotana nueva en vez de la destrozada ropa que llevaba la vispera: decentemente vestido, bien peinado, después de haber descansado y dormido en una magnífica cama, no era ya un mendigo moribundo como el día anterior, sino un joven de agradable figura y cuya fisonomía expresaba aun mas la dulzura que la inteligencia. Antes de sentarse á la mesa, y á invitación del dueño de la casa, recitó el benedictine é hizo honor en seguida, con un apetito de veinte años, á la comida que acababa de bendecir.

Concluida esta, colocáronse todos debajo de la alta chimenea en la que ardía un robusto tronco de encina, y el joven sacerdote, después de haber dado afectuosas gracias á sus bienhechores, les refirió por qué consecuencias todas naturales de su pobreza, lo habían hallado muriéndose de hambre al pie de un árbol.

Hijo de un carpintero de Utrecht, padre de catorce hijos, nombrado Florencio Boyens; Adriano era el mas joven de aquella numerosa familia y había visto antes de contar doce años, morir primero á su padre y después á su madre. Cada vecino se encargó por compasión de uno de los catorce niños y Adriano tocó á una vieja, tía suya que vivía en Lovaina y lavaba en aquella villa la ropa de los religiosos que dirigían el colegio de Portiers; era esta una casa donde se daba de comer gratuitamente á los escolares. A fin de que su sobrino adquiriese los títulos necesarios para disfrutar de los beneficios de una mala cama, una sopa todos los días á las once, y un pan de tres libras cada dos días, hizo que aprendiese bien ó mal á leer y á escribir; así se halló el niño, merced á la protección del hermano portero, admitido entre los alumnos de la casa. No tardó en manifestar algunas disposiciones para el estudio, y aun obtuvo en filosofía y teología éxitos tan brillantes que el superior del establecimiento consiguió de Maria de Inglaterra, hermana de Eduardo IV, y viuda del duque de Borgoña, Carlos el Temerario, que pagase los gastos necesarios para el grado de doctor de Adriano. Pero los beneficios de la ilustre princesa se limitaron á esto solo, y el nuevo doctor, de resultados de cierta travesurilla propia de la edad, se vió obligado á salir del convento, de Portiers, donde esperaba permanecer como profesor. Sin asilo, sin pan, sin recursos al salir del convento, tomó á la ventura el camino de Gante, en cuyo camino hubiera muerto de frío y de hambre si la Providencia no le hubiese deparado en Margarita un ángel de consuelo que le volviera la vida.

—Señor doctor, dijo Memlinck á su huésped, no dudo de la verdad de vuestro relato, sin embargo me permitiréis que tome algunos informes en Lovaina, donde tengo

muchos amigos. Si como espero, esos informes confirman lo que acabais de contarnos, yo gozo de algun crédito en la corte del principe Felipe, y no dudo alcanzar que se utilicen ventajosamente vuestros títulos y vuestra ciencia de doctor.

Tres ó cuatro dias despues llegaron en efecto los informes mas favorables del mundo. Pero antes de pasar adelante en esta historia, volvamos á Brujas donde quedó maese Aldovrando despues de la partida de su hijo, de su muger y de Memlinck.

CAPITULO V.

UNA REVOLUCION.

La edad, la ocupacion de los negocios, un carácter duro, y la falta casi absoluta de educacion hacian poco sensible el corazon del viejo Aldovrando, aun para su muger y su hijo. Sin embargo, desde que las dos personas que hacia tan desgraciadas se separaron de él experimentó un vacío inmenso y le pareció que todo faltaba á su alrededor. Apenas los veia de ordinario dos horas al dia, en el momento de comer: pero desde que marcharon Antonio y Margarita, sentia su ausencia desde la mañana hasta la noche, y poco faltó para que no enviara un mensajero con orden de hacer volver al que la vispera habia querido desterrar con peligro de su vida á Levante, y á la muger cuyo corazon habia desgarrado sin misericordia. De estas sensaciones resultó mostrarse mas verdugo y tiránico que lo era comunmente. Sus dependientes y criados experimentaron los efectos de su mal humor, y en la casa solo se oia la voz aspera del viejo que amenazaba y rugia. Aquella disposicion de espíritu acarreó una catastrofe que trastornó toda la ciudad de Brujas.

En los dias de trabajo excesivo maese Aldovrando tenia la costumbre de poner á secar los paños en medio de la plaza que habia delante de su casa y á orillas del arroyo. La casualidad hizo que acertaran á pasar por allí los soldados del duque Felipe, quienes hallaron solaz y recreo en derribar las estacas que sostenian las cuerdas y echar en el lodo las piezas de paño espuestas al aire. Los obreros, testigos de aquella grosera diversion de los soldados, se contentaron con renegar de los arcabuceros, y ya se disponian á levantar las estacas cuando de repente se presentó Aldovrando. Al ver el daño causado por la compañía de soldados, se entregó á una violenta cólera, reprendió á los obreros su cobardia y prorumpió en denuestos y amenazas contra el duque Felipe y su gobierno:

—Esa es la proteccion que nos dispensa ese buen señor que nos gobierna. Nos abruma con los impuestos y nos entrega á los insultos de sus soldados, si ya no es que esos insultos son el resultado de sus propias órdenes. Preciso es que la sangre de vuestras venas no sea flamenca para que hayais soportado sin venganza la afrenta que esos insolentes os han escupido al rostro. Quitaos de mi presencia, dignos sois de esos insultos y los soldados hubieran debido sacudiros, porque les habriais presentado dócilmente la espalda para recibir los palos.

Estas palabras, estas reprensiones, estos cargos de cobardia que su amo les echaba en cara produjeron una viva impresion en los obreros. Entretanto una segunda compañía de soldados pasó por la plaza, y no tardó en ser recibida con invectivas á que el capitán respondió dando la voz de *fuego*. Apenas pronunció esta orden cuando las balas silbaron por todas partes á los oídos de los soldados, rebotaron sobre sus corazas y derribaron mas de un casco en tierra. Los arcabuceros contestaron á estos ataques, y siete ú ocho obreros mortalmente heridos cayeron bañados en su sangre. A este espectáculo sus

camaradas rompieron todo freno, y se arrojaron sobre los soldados. Siguióse de aquí una confusion espantosa y un combate encarnizado en el que los obreros, despues de haber perdido mas de la mitad de su gente, lograron degollar á todos los soldados sin exceptuar á su capitán. Pero apenas habian alcanzado esta victoria cuando sobrevino un nuevo cuerpo de tropas y fué preciso principiar otra vez el combate. Y como en todos los barrios de la ciudad tomasen los vecinos las armas y corriesen á su defensa, Brujas no tardó en llegar á ser un verdadero campo de batalla; las campanas tocaron á rebato, cerráronse las puertas, y despues de un dia entero de mortandad y de combate no quedó vivo un solo soldado. Los magistrados se esforzaron inútilmente en hacer valer su influencia entre los combatientes y en dirigir palabras de paz y reconciliacion á los amotinados; su sacrificio solo sirvió para esponer sus vidas, y los vecinos no cesaron de matar hasta despues de haber obtenido una completa y absoluta victoria. Entonces fueron á buscar á maese Aldovrando, que se habia retirado á su casa espantado de su propia obra; lo llevaron á la fuerza al palacio de la villa y allí le proclamaron Burgomaestre en reemplazo de maese Coppens, su suegro que fué destituido por demasiado irresoluto y adicto al duque. Bastante embarazado con aquel peligroso honor, maese Aldovrando maldecia en tono bajo su cólera funesta, y hubiera dado la mitad de su fortuna por salir de un paso tan difícil; pero ya no le fué permitido vacilar, y tuvo que arregar al pueblo y jurar defender la libertad de Brujas hasta la muerte.

Demasiado pronto llegó la ocasion de sostener ese juramento, porque el duque de Flandes, informado de los sucesos que habian pasado en Brujas, se presentó en dos dias á la vista de la ciudad rebelde con un ejército considerable y máquinas de guerra sin numero. Bloqueó á la ciudad, se apoderó del canal y dió órdenes para que principiaran inmediatamente los preparativos del asalto. Los brujenses entonces se apercibieron del peligro que les amenazaba y el populacho corrió en tumulto al palacio de la villa en busca de su burgomaestre á fin de que conjunrase aquella tempestad. Maese Aldovrando propuso enviar un parlamentario al principe, que no habia querido verificarlo por su parte, manifestando de este modo su intencion de no conceder merced alguna á sus súbditos rebeldes.

—Es menester, esclamaron todos, es menester que vos mismo seais el parlamentario: marchad inmediatamente.

—¿Cómo! amigos míos, replicó Aldovrando espantado, quereis que me presente en el campo del duque, yo á quien habeis nombrado vuestro burgomaestre, yo á quien él considera como el jefe de la revolucion!

—¿Y no lo sois en efecto? esclamó un vecino. No habeis sido vos quien nos ha lanzado en el peligro en que estamos! Sin vos, se veria Brujas amenazada del asalto, del pillage y del incendio! No habeis sido vos tambien quien por defender vuestros intereses privados no temisteis esponer á vuestros compatriotas á una calamidad general? Partid inmediatamente ó desgraciado de vos!

¡Si, si, que marche, ó desgraciado de él! replicaron todos á una voz, que marche ó desgraciado de él!

Y le rodeaban, le amenazaban, le oprimian y le injuriaban. El infeliz Aldovrando se vió, pues, forzado á salir del palacio, á disponer que se bajara un puente levadizo y dirigirse al campo del duque, con un ramo verde en la mano en señal de suplica. Marchaba á pasos lentos, cuando Felipe el Hermoso, que dirigia los trabajos del ataque, lo descubrió y lo dejó llegar hasta él sin manifestar la menor hostilidad. Aldovrando se arrodilló delante del principe, quien sin dignarse mirarle, continuó dando órdenes á sus oficiales.

—Allá abajo una catapulta. Por este lado apuntad

vuestros cañones. Las escalas se arrimarán sobre aquel punto. Los ballesteros colocados sobre aquella altura protegerán el asalto y desgarnecerán las murallas.

—¡Monseñor, perdon, perdon! piedad! exclamó Aldovrando.

—No se dará cuartel á nadie, continuó el príncipe fingiendo siempre que no veía al parlamentario, todos cuantos se hallen dentro de la ciudad serán pasados al filo de la espada. Nada de horca, porque esta operacion seria demasiado larga. Se dará muerte á todos cuantos se encuentren, sin hacer prisioneros; el saqueo durará ocho días con sus noches; en seguida se pondrá fuego á las iglesias á donde se refugiarian las mugeres y los niños. Despues de todo esto será arrasada la ciudad.

—¡Monseñor, monseñor, perdon!... perdon! gritó Aldovrando, agarrándose de la capa del príncipe.

—Ah! ah! una serpiente quiere mordirme, dijo el duque rechazando con el pie al viejo. Ola! es un vecino de nuestra buena y fiel ciudad de Brujas. Pero ¡calla! es su mismo gefe, su burgomaestre; ¿qué digo? su señor, ó mas bien monseñor Aldovrando. Levantese vuestra magestad: semejante actitud no conviene á un poderoso monarca como sois vos. Levantaos, yo soy quien debo descubrirme.

Y se quitó irónicamente su caperuza de terciopelo y obligó al viejo á que se sentara en el sitio elevado que se habia colocado á la entrada de la tienda del duque, por honor y para que pudiese seguir mas cómodamente las operaciones del sitio.

—Tal vez no os hallareis bastante alto, señor, añadió el duque cogiendo por la barba al viejo y tirándolo á sus pies. Mirad, mirad donde quiero haceros subir. Desde allí dominareis sobre nosotros y sobre vuestros súbditos.

Al pronunciar estas palabras enseñaba una horca.

—Monseñor, hágase vuestra voluntad, respondió Aldovrando con valerosa resignacion. Puesto que yo soy la causa involuntaria de los desgraciados sucesos que han pasado, justo es que yo sufra las consecuencias y lleve el merecido castigo. Si he merecido la muerte, mandad que me la den. Ya lo veis, yo mismo os traigo mi cabeza. Pero compadeceos de los pobres vecinos estraviados cuyo delito es haber cedido á un momento de efervescencia y de haber acudido al socorro de sus hermanos que eran degollados. No derrameis sangre! Bastante se ha derramado ya. Que la mia sea la última que corra, y bendeciré la mano que haga caer mi cabeza.

—Muy bien: usais de un lenguaje enérgico y digno. Escuchad, dentro de una hora estará Brujas en mi poder, si me dá la gana, y vereis la suerte que le espera. Quiero sin embargo mostrarme todavia misericordioso con ella. Volved al lado de los vuestros: que dentro de un cuarto de hora, se presenten aqui cuarenta de los gefes de la sedicion y vos á su cabeza, descalzos y con la cuerda al cuello, y que me traigan una contribucion de diez millones de florines. A este precio perdono al resto de la poblacion. Id! Si dentro de un cuarto de hora no estais de vuelta, el asalto comenzará y ya sabeis lo que seguirá al asalto.

Aldovrando volvió á Brujas: la multitud le esperaba á la puerta, y no le dieron tiempo para llegar al palacio de la villa donde pensaba manifestar las intenciones del príncipe, fué preciso que diera cuenta de su comision inmediatamente y en medio de la apiñada y alborotada multitud.

Cuando habló de los diez millones de florines, los ricos pusieron el grito en el cielo, porque ellos eran los que debían pagar esta contribucion, cuando declaró que el duque queria que se le entregasen cuarenta de los gefes de la sedicion, prorrumpió el populacho en maldiciones porque casi todos los que habian hecho la revolucion y se habian erigido en magistrados pertenecian á la hez del pueblo.

—Es menester vengarnos del autor de todos nuestros males, del que nos ha arrastrado al abismo donde nos hallamos! exclamó la multitud. Es menester llevar su cabeza al príncipe, y mostrarle de este modo cuanto detestamos nuestra sedicion y al traidor que nos ha impedido á ella.

Y se arrojan sobre el viejo, le hieren, y lo despedazan. Pocos instantes despues vióse una cabeza caer de las murallas y rodar al campo del duque. Este reconoció la cabeza del viejo Aldovrando.

—Bravo, bravísimo, exclamó, esas gentes me enseñan como debo tratarlos ... Al asalto!

Y las trompetas suenan, las tropas se ponen en movimiento, el cañon principia á vomitar la metralla; las puertas de la ciudad se abren otra vez y una larga procesion se estiende por el glacis. Era el clero y todos los religiosos; los unos llevaban reliquias y los otros cruces; el dean de Nuestra Señora apareció el último, llevando en las manos una hostia consagrada.

Entonces todos los soldados se arrodillaron por un movimiento espontáneo, y el duque mismo se vió forzado á imitarlos. El anciano sacerdote llegó hasta el príncipe y le echó la bendicion con el santo copon, exclamando:

—¡Monseñor! en nombre de Cristo, que estais mirando, muerto por vuestra salvacion en la cruz! ... perdon para los brujenses arrepentidos.

—No hay perdon, replicó el duque.

—Perdon, en nombre de Dios vivo.

—¡No hay perdon!

Un murmullo sordo de desagrado se esparció entre los soldados; los oficiales del duque le rodearon, sorprendidos al verle tan obstinado en negar una gracia solicitada, por decirlo así, por el mismo Dios.

—Pues bien, los perdono por el amor de Dios, pero no por compasion hacia ellos, dijo el duque con evidente repugnancia; porque esos revoltosos, esos asesinos no merecen mas que la cuerda y el saqueo. Uno solo de ellos valia algo y lo han asesinado cobardemente. Padre, entremos en la ciudad, les perdono la vida, ya que Dios os ha inspirado el pensamiento de pedirme la en su nombre. Ahora mismo acordaré la clase de castigo con que deben espíar su crimen estos vecinos sin cesar en revueltas y que no tienen ni fe ni ley.

Este castigo consistió en una multa de doscientos florines y la imposicion de tres nuevas contribuciones onerosas.

CAPITULO VI.

LA VUELTA A GANTE.

Los sucesos que acabamos de referir habian pasado con tal rapidez que Margarita, Juan y Memlinck, quienes desde el siguiente día de su llegada á Gante, habian marchado á la aldea de Damme, donde estaban los obradores del pintor, supieron bruscamente y á un mismo tiempo la sedicion de los vecinos de Brujas, el sitio de esta ciudad y la muerte del viejo Aldovrando. Margarita tributó lágrimas sinceras á la muerte de aquel en cuya compañía habia pasado tantos años y habia sido el padre de su hijo. Antonio no se mostró menos desconsolado por la pérdida de su padre. Durante una semana entera, Margarita y su hijo permanecieron encerrados juntos en un retiro absoluto. Al cabo de este tiempo madre é hijo volvieron á su vida habitual, que cada día hacia mas dulce la tierna solicitud de Memlinck. Margarita, siguiendo el uso del país se habia cortado sus hermosos cabellos; vestida completamente de negro, color que no debia abandonar en lo sucesivo, ocultaba su frente, su rostro y su cuello bajo espesos velos, y por espacio de tres meses antes

de sentarse á la mesa, en vez de decir el *Benedicite*, el dueño de la casa recitó el *De profundis*, según la antigua y piadosa costumbre de Flandes.

Poco á poco entró todo en el orden habitual, y la familia del viejo Aldovrando se instaló en casa del pintor que ya no debía abandonar, porque la confiscación de los bienes del mercader había seguido á su muerte violenta, y no quedaban ya á su viuda y á su hijo otros recursos que la fortuna de Memlinck notablemente disminuida por la ruina y muerte del depositario de una gran parte de su dinero. Pero él soportó esta pérdida con una serenidad sin ejemplo y ni aun quiso que Margarita supiese que ya nada poseía sobre la tierra y que solo debía á la amistad del padrino de su hijo un asilo y una existencia que les pusiera al abrigo de la miseria.

Cinco años apacibles y laboriosos siguieron á tantas agitaciones, vicisitudes, desgracias y peripecias. Estos cinco años los empleó Memlinck en iniciar á Antonio Aldovrando en los misterios de la pintura, Adriano en consagrarse á sus estudios teológicos y en recibir el sacerdocio, Margarita en cuidar á aquellos tres hombres y rodearlos de calma y felicidad. Gracias á su activa é inteligente economía, había en cierto modo triplicado la renta de Memlinck haciendo desaparecer los pequeños desórdenes é innumerables contribuciones que imponen al patrimonio de los célibes y viudos, todos los que los rodean.

Antonio no tardó en aficionarse al arte de su tutor y se puso á trabajar con tal ahínco, que el bueno de Memlinck se vió más de una vez obligado á moderar una actividad perjudicial á la salud del joven. Sin contar sus trabajos del obrador, Antonio consagraba cada día cuatro horas al estudio de la química, necesario entonces para obtener, en la fabricación de los colores y en sus medios de aplicación, perfeccionamientos que habían llegado á ser indispensables, á consecuencia de los descubrimientos hechos por los hermanos Wan-Dick, descubrimientos cuyos misterios no querían revelar á nadie. Memlinck ayudaba en todos sus experimentos al joven y tuvo su parte en el descubrimiento de las composiciones admirables que contribuyeron á la confección de los colores de Aldovrando, tan famosos por su brillo y su duración. En fin, Memlinck halló bastante talento y superioridad en su discípulo para permitirle que espusiera sus cuadros al público. Dejaron pues todos cuatro la aldea de Damme, de donde no habían salido hacia ocho años, y se volvieron á Gante, á donde llegaron en 4 de febrero de 1500. Memlinck alquiló una casa, la llenó con sus cuadros y con los de Aldovrando, que según el uso de la época latinizó su nombre firmando sus obras *Antonius Aldovrandus*.

Mientras que los dos artistas se ocupaban de estos cuidados, Adriano se paseaba por las calles, se detenía delante de cada edificio notable y hacía tantas paradas que concluyó por no encontrar su camino y perderse completamente: tímido y pusilánime no se atrevió en un principio á preguntar á nadie su ruta, y aun cuando hubiera podido intentar semejante acto de valor, esto no le hubiera servido, porque se había olvidado al salir de informarse del nombre de la calle donde estaba la casa nuevamente alquilada por Memlinck. Marchaba pues á la ventura, perdiéndose cada vez más y con el estómago vacío. Por lo demás sentíase mucho más atormentado con la inquietud en que debían hallarse sus amigos por no verle volver, que con los sufrimientos que le causaban el frío y el hambre. En tanto que de este modo andaba cada vez más extraviado, oyó sonar sucesivamente todas las horas de la noche hasta las nueve en que las campanas de todos los edificios públicos y religiosos tocaron á la queda. Entonces sintió correr un sudor frío por su frente, y se puso en marcha precipitada hacia una gran claridad que descubrió de pronto alrededor de una calle..... Hallóse en medio de una inmensa plaza, no lejos del mercado del viernes, en-

tre gentes de armas, escuderos, lacayos y pages que se agitaban en la mayor confusión. Cuando vieron aparecer á Adriano en traje eclesiástico lanzaron por todas partes gritos de alegría.

—¡Miradle! miradle! Dios nos lo envía al fin! Y dos mugeres corrieron, le agarraron por la mano, le hicieron subir una escalera, lo llevaron por muchos corredores oscuros hasta un gabinetito estrecho é incómodo donde estaba una dama vestida con un traje magnífico y un niño que acababa de nacer. Al lado de la dama que parecía moribunda, un caballero joven de extraordinaria hermosura estaba arrodillado y lloraba estrechándola las manos:

—¡Oh Juana! Juana! decía, ¿por qué tus injustos celos te han llevado á esa fiesta? No estarías aquí ahora sin ausilio y sin socorro!

—¡Un sacerdote, un sacerdote, yo me muero! Murmuró la joven señora.

Adriano á una señal del caballero, se inclinó hacia ella. Cuando ella le vio se animó su semblante:

—Dios os envía para salvarme, dijo, escuchad mi confesión y dadme la absolución. En nombre de Cristo apresurosos, porque mis momentos están contados.

Adriano á la primera ojeada que dirigió á la dama, comprendió que el estado de la enferma no era desesperado, pero que exigía pronto socorros, aunque fáciles de dar. Como durante su estadía en Damme había estudiado el arte de la medicina y curado á más de un enfermo en los pueblos inmediatos, el deseo de ser útil y aliviar á un ser que padecía le quitó de repente su timidez.

—Señora, dijo, voy desde luego á daros la absolución de vuestros pecados, porque en los casos urgentes nuestro santo padre el papa nos autoriza para absolver antes de la confesión; en seguida, cuando el alma esté ya tranquila nos ocuparemos del cuerpo. Alargó las manos sobre la enferma, pronunció las palabras sacramentales de la absolución é hizo una corta y fervorosa plegaria, después de lo cual tomó el pulso á la enferma, declaró que se la podía sin peligro trasladar á un lugar menos incómodo, presenció la traslación, se sentó al lado de la cama y prescribió varios medicamentos que obraron un maravilloso y repentino efecto. Todavía se hallaba allí cuando llegaron apresuradamente el médico y el confesor.

—No hacéis ya ninguna falta les dijo bastante áspereamente el joven caballero. Mientras que os buscaban por todas partes porque habíais abandonado vuestros puestos donde os mandaba quedar vuestro deber, Dios nos ha enviado este sacerdote para recibir la confesión de la princesa, proporcionándonos además en él un médico experimentado. El solo acabará la obra que ha principiado solo. Podeis marcharos.

Y mientras que se alejaban confusos y avergonzados, una palabra resonaba de una manera extraña en los oídos del pobre Adriano: esa palabra era el título de princesa dado á la señora á cuyo lado se encontraba. Pero lo que más le sorprendió fué ver venir al caballero con el niño recién nacido en los brazos.

—Es menester bautizar provisionalmente á mi hijo, dijo, y esta comisión os pertenece de derecho.

—¿Cuáles son los nombres del niño y los de su padre y madre? balbuceó maquinalmente Adriano.

—Su madre se llama Juana, reina de Castilla; su padre Felipe, archiduque de Austria.

«En cuanto á mi hijo, lo pongo bajo el patrocinio del bienaventurado S. Carlos, y es mi voluntad que reciba desde hoy mismo el título de duque de Luxemburgo y el collar del Toison de Oro.»

El pobre sacerdote lleno de sorpresa y humildad, se arrodilló porque se hallaba delante de su soberano, el príncipe Felipe el Hermoso, archiduque de Austria, hijo del emperador Maximiliano.

La noche pasó tranquila y reposada para la princesa enferma. Al rayar el día, Adriano quiso marcharse por algunos instantes al menos, y ya se disponía á coger su capa con intención de ir á tranquilizar á sus amigos inquietos por su ausencia, pues esperaba á favor de la claridad del día, de un guía que pensaba pedir y del nombre de Memlinck que debía ser conocido de las gentes del palacio, descubrir la casa recientemente alquilada por el pintor; pero al movimiento que hizo, despertó la princesa, lanzóle miradas llenas de una especie de locura, se agarró de su brazo y exclamó:

—No quiero que os separeis de mí, porque si os marchais vendrán y me arrebatarán á mi hijo y á mi marido.

Adriano la miró sin comprender nada de aquellas palabras.

Entonces se incorporó ella, se puso á recapacitar y á llorar amargamente.

—¡Oh! exclamó, mi razón se estravía, el pesar me vuelve loca! No tengo nadie á quien confiar mis penas! Nadie que no me engañe y venda los secretos que en un momento de desesperación dejo escapar de mi corazón. Padre, os debo la vida; habeis bautizado á mi hijo! Sois sacerdote: pues bien, bajo el sigilo de la confesion os voy á confiar el secreto que me mata, que me volverá loca si es que ya no lo estoy.

Adriano hizo un movimiento como para oponerse á aquella peligrosa confidencia, pero Juana hizo la señal de la cruz, rezo el confiteor, fórmula de la confesion, y sin notar los temores del sacerdote:

—Padre mio, dijo, estoy celosa. Dios no me ha hecho hermosa y me ha unido con el mas hermoso de los hombres. Sin duda sus decretos supremos han querido castigarme con esto de alguna grave falta que haya cometido sin saberlo, porque Felipe no me ama y mi existencia ha llegado á ser un suplicio intolerable. Los celos devoran mi corazón. . . . los celos; ¡Oh! si supiérais lo que me hacen sufrir! Amar sin ser amada! No es verdad que el infierno no tiene mayores tormentos? Todo es una sombra para mí, todo me inquieta! Mi marido, á quien mi ternura y mis temores llenan de hastio, huye de mí y cuando no está á mi lado, me muero. Si he dejado en mi enfermedad la cama por asistir al baile, si he llegado á ser madre aquí, Dios mio, es porque Felipe estaba allí y yo no podía vivir sin Felipe. Yo le he dado una corona he aquí porque se ha casado conmigo. Le he dado esa corona por que le amaba. Ya conocéis mis dolores ¡oh Dios mio! Dios mio! voy á volverme loca.

Todavía hablaba y el sacerdote procuraba tranquilizar á la pobre muger, que daba en efecto señales de agitación, síntomas demasiado ciertos de la demencia, cuando entró el archiduque, con la frente fruncida por la cólera y por el disgusto. Abrazó friamente á la princesa, se llegó á la cuna de su hijo, que se hallaba en una pieza inmediata y despues de haber dado á las mugeres que estaban allí presentes órden para que se retiraran, hizo señas al sacerdote para que le siguiese:

—Padre, le dijo, he oido la confesion de la archiduquesa, y la casualidad que os ha hecho el cirujano y confesor de mi muger, acaba de haceros tambien su confidente. Ya comprendereis que la gratitud y la necesidad os ligan para lo sucesivo con mi casa. Sed fiel para el porvenir como habeis sido útil por lo pasado, y hareis vuestra suerte. Os nombro, pues, capellan mayor de la archiduquesa y reemplazareis á su confesor, que ha marchado esta noche pasada por órden mia á España, donde meditará en un calabozo sobre los peligros de la indiscrecion.

Ese eclesiástico habia, como vos, sorprendido el secreto de los accesos de demencia que se apoderan de vez en cuando de la archiduquesa: tuvo la debilidad de confiar este secreto á uno de los empleados de mi casa, y este empleado es su compañero de viaje. Ya veis que sé cas-

tigar del mismo modo que sé recompensar.

Ahora quiero que sepais cual es mi voluntad respecto de vos. No saldreis de este palacio, bajo ningun pretexto, nadie os conoce aquí, y no direis á nadie ni vuestro nombre ni de donde venis. Dentro de algunos dias se solemnizará el bautismo de mi hijo; despues partirá su madre para España en cuyo viaje la acompañareis, porque es preciso que sepais que ya no os separareis de la reina hasta la muerte. Si alguno os conoce en Gante, que os tenga por muerto. En efecto nada hay ya en vos del pobre sacerdote que todavia erais ayer noche. Segun vuestras obras, así será el pago, ó una fortuna inmensa, ó una prision eterna. Elegid.

CAPITULO VII.

EN PRAGA Y EN VITORIA.

Memlinck, Antonio y Aldovrando permanecieron sumergidos en la mas viva inquietud sobre la suerte de su amigo; todas las diligencias sin número que practicaron para descubrir su paradero, fueron totalmente inútiles. Pasaron, pues, en la afliccion y en el luto las fiestas del bautismo del principe recién nacido y no tomaron la menor parte en los regocijos con que la ciudad de Gante celebró este acontecimiento con tanta solemnidad como entusiasmo. La ceremonia se verificó en la iglesia de S. Bavon, y el capellan mayor de la reina, que echó al niño el agua santa, tuvo constantemente oculto su rostro con el capuchon de su muceta de modo que nadie pudo ver sus facciones.

El sentimiento de dolor causado por la desaparicion misteriosa de Adriano, concluyó por amortiguarse poco á poco en el corazón de sus amigos, gracias á los brillantes y repetidos triunfos que obtenia Antonio con sus pinturas. En efecto su exposicion atrajo muchos curiosos; el nombre del jóven artista se repitió con entusiasmo en la ciudad, y el vecino mas rico de Gante, Adam Spendlemans compró los principales cuadros de Aldovrando para enviarlos de regalo á los duques de Parma y de Plascencia, que favorecian mucho en sus estados el comercio del rico mercader.

El nombre de Aldovrando se estendió, pues, gloriosamente en Italia como se habia estendido en Flandes, y la España misma no tardó en saber este nombre célebre, por que un día llegó á casa del jóven pintor una carta dirigida á él que contenia una póliza de mil piezas de oro contra el mas rico mercader de la ciudad, y en la que se le pedia en cambio de esta suma el mejor y mas importante de sus cuadros. La obra preciosa debía ser remitida á Madrid al capellan mayor de la reina, á quien solo se designaba en la carta por su titulo honorífico, pero sin espresar su nombre. Aldovrando se apresuró á satisfacer al deseo de un eclesiástico que pagaba tan bien y le envió una *Ascension de la Virgen*, que todavia se admira en la galeria del Vaticano, en Roma.

La fortuna estaba decidida á prodigar sus favores al jóven Aldovrando; y no los limitó á lo que ya habia hecho por él. Jorge Podebrac, duque de Bohemia, en otro tiempo protector de Memlinck, escribió á su antiguo pintor para que enviase á su discipulo á la corte de Praga, acompañando esta peticion con los mas ricos presentes y con las promesas mas seductoras. Memlinck resolvió aceptar estas ofertas y partir con tanta mas prontitud, cuanto que Aldovrando estaba perdidamente enamorado, segun creia, de la hermosa Ana Spendemans, hija del rico mercader, no obstante que la inmensa fortuna de este habia hecho imposible una union que el coquetismo de Ana no debia por otra parte hacer desear á su pupilo, ni al viejo pintor ni á Margarita. Partieron, pues, á pesar de las lágrimas del jóven enamorado, que creia eterno su

dolor, y que muy pronto no pensó ya en él en medio de las fiestas que el duque Podebrac daba para celebrar la llegada de los dos pintores á su corte. Quiso además que habitasen su palacio, les señaló criados y mandó que les sirvieran siempre una magnífica mesa.

Aldovrando, á pesar de su amor, se puso á pintar con ardor. Principió para el altar mayor de la catedral de Praga un cuadro maravilloso de ejecución, que representaba á *Moisés y la zarza ardiendo*: las llamas estaban reproducidas con tanta verdad que la hija del príncipe, la niña Fernanda-Juana-Maria, cuando vió el cuadro, gritó echándose sobre las piernas de su madre:

—¡Oh! no quiero tocar esa zarza, porque me quemaré los dedos.

A esta palabra debió su fortuna el cuadro; porque por insignificante que fuese la opinión de un niño en materia de pintura, ha quedado como un hecho histórico y ha llegado hasta nosotros.

Poco tiempo después de este suceso, una enfermedad rápida y mortal arrebató á la princesa en muy pocas horas. Su pérdida puso en la mayor desolación á toda la corte de Praga, y Aldovrando resolvió pintar el apoteosis del ángel llamado al cielo. En este cuadro representó el paraíso abierto, y mostró á la virgen Maria con manto azul, hollando con los pies, según la tradición artística de la época, á la serpiente, origen del mal. Mercurio, con sus alas en los talones y el caduceo en la mano, recibía de la ciudad de Praga á la regia niña y la presentaba á la madre del Salvador. Fernanda-Juana-Maria se elevaba en los aires, vestida con una túnica amarilla, cuyos pliegues ondeaban con una ligereza y verdad maravillosa. La parte superior de la composición estaba ocupada por santos y santas católicos, mezclados con dioses y diosas de la mitología. En la parte inferior se elevaban campanarios, edificios, florestas y praderas pobladas de ninfas, mugeres, driadras y nereidas con sus trages simbólicos. Jamas igualó nada en éxito á esa mezcla de sagrado y de profano, muy en voga al principio del siglo XV. Aldovrando recibió del duque de Podebrac una bolsa con mil risdales, una cadena de oro de igual valor y el retrato del príncipe.

Animado con tantas liberalidades pintó todavía en Bohemia la *Torre de Babel*, la *muger de Lot*, un retrato de la *duquesa de Bohemia* y dos paisajes de muchísimo mérito. Orgulloso Podebrac con poseer en la corte tan gran artista, le dió varias condecoraciones y lo casó con una viuda joven de rara hermosura, de la primera nobleza y de una fortuna considerable, la condesa Juana Jablinouski. Celebráronse las bodas á la luz de las antorchas en los jardines del rey, y nadie puede figurarse el alborozo y satisfacción de Margarita al ver á su hijo rodeado de tanta gloria y tanta felicidad.

Poco tiempo después de su casamiento, Aldovrando mandó construir un palacio magnífico, y no tardó en ver acudir á él de todas partes discípulos que iban á consultarle los secretos de su arte. Entre los mas célebres se cita á Andrés Guelph y Og de Basan: sus rápidos progresos y dulzura de su carácter agradaban tanto á Aldovrando que decía de ellos: «si hubiesen vivido en tiempo del diluvio, Noé no hubiera podido negarles ser de su compañía en el arca.»

Veinte un años después de la desaparición misteriosa de su amigo Adriano Boyers, Antonio Aldovrando, Memlinck y Margarita llegaron á Vitoria á tiempo que se ponía el sol. Venían de Praga á la ciudad española, cediendo á las vivas instancias de Carlos V, que quería confiar trabajos de la mayor importancia á los dos célebres artistas. Estas instancias del emperador habían tenido por intérprete, primero una cédula escrita por la mano del monarca mismo, después muchas cartas firmadas por el cardenal arzobispo de Tortosa, ministro y gobernador del reino de España. Los viajeros que se habían apeado en

el palacio que la hospitalidad del príncipe de la iglesia les había designado como morada, pensaban descansar de las muchas malas noches pasadas en el coche y no presentarse al ministro hasta el día siguiente, cuando un paje de este último vino á suplicarles en nombre de su señor que inmediatamente pasaran á verle. Sorprendidos con esta inesperada petición, se dispusieron en el acto á obedecer, aunque sin llevar consigo á Margarita; pero el paje les replicó que las órdenes que había recibido comprendían igualmente á la madre de Aldovrando. Partieron, pues, los tres en las literas que los esperaban y se dirigieron á palacio.

El paje que les servía de guía los introdujo en un salón, decorado con una suntuosidad verdaderamente regia, en el que hallaron al cardenal gobernador, vestido de púrpura y cubierta la cabeza con el sombrero rojo. Muchos altos personajes, entre los que se notaba don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla; y el condestable don Inigo Velasco, conversaban con él de los negocios del estado, y le referían la grande y gloriosa victoria que acababan de alcanzar en los campos de Villalar y que había dado el último golpe á los facciosos reunidos bajo el nombre de *miembros de la Santa Liga*. El cardenal, asombrado de aquel favor inesperado de la fortuna, prorrumpió en las exclamaciones mas alegres, palmoteaba como un niño, se arrodillaba delante de una imagen de la Virgen y volvía á levantarse para dar nuevos gritos de júbilo.

—¡Ah! han sido vencidos! exclamó. Nada tenemos ya que temer de ellos. Sois unos grandes, y hábiles militares, señores. Su magestad, nuestro imperial señor, os recompensará como mereceis. ¿Quién hubiera podido prever un desenlace tan feliz á esta guerra, en que los rebeldes habían llevado siempre la mejor parte? . . . Porque en efecto, ¿no me sitiaron hace algunos meses en Valladolid? No me fué preciso huir de aquella ciudad, de noche, á pie, y llegar como pude á Riaseco? No me han obligado á escribirles una carta algo humillante antes de volverme mis muebles y mis bagajes que abandoné en su poder? En fin, ya están vencidos! Benditos sean Dios y la Virgen Santísima.

—Si, monseñor; vuestra habilidad ha sabido triunfar de la *Santa Liga*, interrumpió don Fadrique Enriquez.

—¡Mi habilidad! No me digais lisonjas en que no pensais y de las que no creo una palabra, señor almirante. No he sido yo, pobre eclesiástico, lanzado por la voluntad del emperador en los negocios públicos, de que nada entiendo, no he sido yo quien ha vencido á los rebeldes: sino vos y el condestable don Inigo.

—Al menos á vos toca decidir de la suerte de los vencidos y de los prisioneros, replicó el condestable. ¿Qué nos mandais que hagamos de ellos? ¿El cadalso no debe ver caer las cabezas de los gefes, y la prision y el destierro poner á los demas en la imposibilidad de turbar en lo sucesivo el reposo de España?

—¿El cadalso, el destierro, la prision? Nada de eso, señores. No están vencidos? Pues misericordia con ellos. Que se pongan en libertad á los prisioneros para que vuelvan á sus casas.

—Pero eso será principiar de nuevo la guerra civil! Libres é impunes, volverán á tomar las armas y será menester batirlos otra vez. ¿Sereis entonces tan feliz como lo habeis sido?

El cardenal los miró con aire consternado.

—No hableis de mi como si hubiese sido el autor de vuestras victorias. Como yo sabeis muy bien que ninguna parte he tenido en ellas. ¡Ah! porque el emperador mi señor se obstina en que yo sea ministro! Pues bien; guardad vuestros prisioneros, peronada de cadalso. Voy á escribir al emperador, y el glorioso Carlos V decidirá de la suerte de los vencidos. Ahora dejadme; porque quieren hablarme esos ilustres pintores que están ahí esperando, y ya sabeis que el emperador mi señor honra y quiere que honremos como él á los pintores y á los artistas.

El cardenal despidió con un saludo al almirante y al condestable. En seguida se llegó donde estaba Margarita y sus dos compañeros que habían permanecido respetuosamente retirados, mientras que el cardenal acababa de hablar con don Fadrique Enriquez y don Iñigo Velasco.

El príncipe de la iglesia apenas podía disimular su alegría; se cruzó de brazos y miró de hito en hito á Margarita.

—La España y el emperador mi señor se honra al recibir á pintores tan célebres como vosotros, principió á decir.

Pero de repente abandonó el disimulo, se puso á llorar con un niño y se arrojó en los brazos de Memlinck.

—¿No conocéis ya al pobre Adriano, á quien la señora Margarita impidió que muriera de hambre al pié de un arbol? Mas si vuestros ojos no me han reconocido, vuestro corazón al menos os dice que es un amigo el que tenéis delante? Ah! si, yo soy, yo Adriano Boyers, yo el hijo de un carpintero. ¡Ay! si, hijos míos, soy arzobispo, cardenal, gobernador de las Españas! He sido capellan mayor de la reina Juana la Loca, despues embajador, luego regente del reino. ¡Si! yo que me he perdido en las calles de Gante, por mi demasiada torpeza en hallar la casa donde debía vivir con vosotros, yo que no sabia ganarme el pan y que hubiera muerto de hambre sin vuestra caridad, se empeñaron en que gobernára la España con el cardenal Jimenez, el mas hábil diplomático del universo. Continuamente se reí de mi simplicidad y me hacia firmar todos los documentos peligrosos: esto me ha valido la reputacion de gobernador atrevido, de hombre audaz, á mi, hijos míos, á mi que me conocéis tan bien! Además, Carlos V, no ha querido creer en mi ignorancia y en mi debilidad, que le he confesado cien veces.

Todo cuanto bueno hacen los que me rodean, se me atribuye á mi, pero si sucede algo malo, entonces la culpa es suya. ¡Tan gloriosa é irrevocablemente está establecida mi reputacion de hábil y previsor! Esos dos señores que han salido de aquí, acaban de obtener una gran victoria..... Y yo hasta ignoraba que se hubiese dado la batalla. Pues bien! Han tenido valor para venir á decirme que la gloria de haber terminado la guerra civil me pertenece. He aquí lo que es la corte, hijos míos. Así es que no he gozado un dia, una hora de felicidad desde que la voluntad de Dios me separó de vosotros!..... Pero al fin nos vemos otra vez.... Abrazadme, ya lo veis, lloro de alegría, oh! cuantas veces he pedido á Dios porque llegase este feliz momento, porque no ha estado en mis manos realizar este deseo. Mientras vivió el duque Felipe, tuve que ocultar mi nombre á todos: despues fui llamado á gobernar la España, y este pesado cargo no deja tiempo ni libertad..... Bendito sea Dios! ya no moriré sin haber tenido el gusto de veros y abrazaros.

Hallábanse aun los cuatro entregados á sus recuerdos, con la voz conmovida, el corazón palpitante, el alma llena de alegría y de ternura, cuando de repente un hombre joven todavia, pero de continente grave y severo, entró en la sala. A su vista, el cardenal lanzó un grito de sorpresa y se arrodilló.

—¡Oh! mi señor, sois vos á quien veo, ¡Dios quiere darme todas las felicidades hoy, pues que me concede el gusto de ver á vuestra magestad y á unos amigos que en otro tiempo aliviaron mi pobreza!

El emperador Carlos V recibió con bondad las palabras de afecto de Adriano, y volvióse á Memlinck y á Antonio Aldovrando.

—El cardenal me ha hablado frecuentemente de vosotros, y aun en mi infancia hice una composicion latina cuyo asunto era vuestra beneficencia. ¿Os acordais de ella, mi amado protector? Sed bien venidos á mi corte, en ella recibireis de mi la hospitalidad, por que el cardenal va á separarse de vosotros y de mi.

—¡Separarme de vos y de ellos! exclamó dolorosamente Adriano.

—Si, mi fiel amigo, mi hábil servidor; la España á quien acabais de dar la paz, anonadando por medio de combinaciones arriesgadas y sublimes la faccion fatal de la *Santa Liga*, la España vá á verse privada de vuestros útiles servicios; pero estos servicios los prestareis al mundo católico. Y al pronunciar estas palabras, Carlos V levantó al cardenal que permanecía arrodillado, se arrodilló él entonces y dijo con respetuosa solemnidad:

—Sucesor del papa Leon X, Adriano VI, muy santo padre, bendecid al emperador católico, porque el sacro colegio acaba de concederos la tiara.

—¡Oh! este es un sueño! un sueño horroroso! yo, papa! No es posible! A tanto habia de llegar mi desgracia! No sabeis, señor, que yo no soy mas que un pobre hombre, sin talento para los negocios, débil, tímido?....

—Bien sabeis el caso que siempre he hecho de esa modestia exagerada, replicó el emperador. Cuando mil hechos no probasen vuestra habilidad, la derrota de la *Santa Liga* bastaria para ponerla en evidencencia. Vuestra santidad partirá mañana á Roma.

Adriano derramó esta vez lágrimas amargas: besó respetuosamente la mano del emperador, y al retirarse este se volvió á sus amigos, que estaban prosternados humildemente delante del nuevo soberano pontífice:

—Todavía no soy papa, hijos míos; dejadme vivir el resto de esta noche con vosotros, libre, sin aparato, como viviamos en Damme. Mañana seré papa, hoy quiero ser Adriano Boyers.

Al decir esto, dió el brazo á Margarita y los cuatro fueron á tomar asiento á la mesa sobre la cual Adriano habia mandado disponer la cena. Despidió á los escuderos y prohibió que nadie entrase. Tomando en seguida un gran pan y un cuchillo:

—Vamos, dijo, ¿quién quiere pan? Os acordais que tenia este encargo en nuestro dulce retiro de Damme?

Una lágrima, pero feliz, pero escitada por los recuerdos de lo pasado, corrió por las mejillas del nuevo papa. Despues se puso á partir pan y distribuyó rebanadas á sus tres convidados.

CAPITULO ULTIMO.

Donde el novelista deja hablar al historiad.

Al dia siguiente, el papa Adriano VI partió con gran pompa para Roma, á donde fué á ceñir la tiara. Se sabe que murió al año de pontificado, y que su vida sencilla y frugal formaba un singular contraste con la pompa y el fastuoso lujo de su antecesor.

Por lo que hace á Memlinck y Aldovrando, volvieron á Praga colmados de los favores de Carlos V, y hasta un año despues no vino la muerte á separar al maestro del discípulo. He aquí como M. Beckfors, historiador inglés, refiere la muerte de estos dos pintores.

El duque de Bohemia, Jorge de Podebrac, quiso celebrar con un espléndido banquete la vuelta de los dos favoritos. Aquella fiesta fué desgraciadamente interrumpida por la muerte repentina de Memlinck; que hacia tiempo estaba acometido de un apetito voraz que le hacia engullir con una rapidez asombrosa cuanto se le ponía delante. Habianle servido un solo monstruoso que no bien hubo dejado en esqueleto, cuando sintiendo un frio mortal, llamó á su querido Aldovrando, le apretó la mano y espiró. Aldovrando vivió largos y felices años que fueron embellecidos por el nacimiento de cuatro hijos, á quienes Jorge dió carta de nobleza. Al fin cansada la fortuna de prodigar sus favores al pintor, oscureció la tarde de su vida con un infortunio imprevisto. Como trabajaba dia y noche con sus discípulos en una serie de

cuadros que debían representar toda la historia de los godos y vándalos, el lienzo principió á escasear, y Fernando, conolido por las lamentaciones de su favorito, convocó un consejo solemne y le mandó que asistiera á él con Andres Gueph y Og de Basan que llevaron el croquis de la gran obra histórica. Reúnese el consejo. Podebrac sube á su trono, las trompetas suenan, los pintores llegan y esponen sus obras á la admiracion de la augusta asamblea, que á una voz confiere á Aldovrando el título de *Magnus*. En seguida se ocuparon del objeto de la convocacion y votan un subsidio para cañamazo.

Muchos miembros de la nobleza se distinguieron en esta ocasion por sus elegantes discursos, y su alteza publicó una proclama en la que declaraba culpable de alta traicion á cualquiera de sus fieles subditos que ocultase ó enagenase todo rollo ó paquete de cañamazo en el interior de sus estados, impidiendo ó perjudicando por este medio la coleccion que el muy noble y poderoso caballero Aldovrandus Magnus estaba por real autorizacion encargado de hacer. Pronto se vieron llegar de todas partes los carros y carretones que llevaban al palacio de Aldovrando el tributo de cañamazo. Pero transportado de reconocimiento é inflamado por ese entusiasmo al que debemos tantas obras admirables, resolvió sobrepujar á sus obras maestras reproduciendo en el lienzo el asunto del principe

Dahomire, que el año de 1021 fué sepultado por un terremoto en el sitio mismo donde hoy se eleva el palacio de Radzen. Aniniado por tan glorioso asunto pedía en alta voz cañamazo; pero en lugar de cañamazo sus discípulos con la barba y las cejas abrasadas le llevaron la triste nueva del incendio de su almacén, donde el fuego no habia perdonado ni un pedazo de lienzo. Qué desgracia para un génio que tocaba ya el apojeio de su gloria! un parasismo de dolor fué el fatal resultado y gritando sin cesar: Dahomire! cañamazo! San Lucas! Aldovrandus Magnus espiró. No hubo en Praga una persona que no sintiese su muerte. El duque gimió, los cortesanos lloraron, sus discípulos pintaron la catástrofe, el pueblo vistió luto, la universidad compuso epitafios y el profesor Clod Lumpewitz aventajó á todos. Su obra ha sobrevivido felizmente al naufragio del tiempo y nosotros tenemos el placer de poder presentarla á nuestros lectores.

*«Pictor Alexandri titulum gerit Aldovrandus:
Pictor erat magnus: magnus erat Macedo
Mortis erat similis (sic fertur) causa duobus:
Huic regna, autem illi cannaba deficiunt.»*

ENRIQUE BERTHOUD.



GLORIAS DE ESPAÑA.

LOS INFANTES DE ARAGON.

I.

A una série nunca interrumpida de belicosos triunfos, se debió el establecimiento y la prosperidad de la antigua corona de Aragon. Tuvo su cuna, lo mismo que la de Asturias, en las elevadas cumbres de las montañas: refugio indispensable de los que al declararse en contra del colosal y despótico poder, que entonces oprimía a la España, necesitaban valerse de la seguridad que podía prometerles una buena posición local, puesto que sus fuerzas eran insignificantes para la empresa que acometían. Llegaba un día sin embargo, en que el corto número de hombres determinados tomaba mayor incremento, y pocos guerreros, acostumbrados á vencer y ansiosos de la gloria del vencimiento, salían de los sitios asperos y encumbrados y descendiendo á lidiar en las llanuras, iban ganando palmo á palmo contra los moros usurpadores, un terreno que de antiguo les pertenecía. Los intrépidos aragoneses así lo hicieron, y entre sus célebres victorias del siglo undécimo, ningunas tan importantes y numerosas como las del reinado de D. Sancho I. Célebre es este personaje en los anales de Aragon, por los singulares acontecimientos de su vida, por la continua série de sus victorias, y por la inesperada y poco gloriosa muerte que vino de un golpe á terminirlas. El fué quien dió unidad á la naciente monarquía, y quien ensanchó sus límites, ganando por las armas en la llanura un gran número de ciudades y de villas á los infieles. Se apoderó de Barbastro á vista de los reyes moros de Lérida, de Monzon, de Balaguer y de Fraga, que lejos de acudir á impedirlo, acudieron si á pagarle tributo. Estendió sus conquistas por Navarra tomando á Bolea en las márgenes del Cinca, y siendo el fundador de la novilísima Estella. Tan esclarecido príncipe tenía proyectada la conquista de Zaragoza y para asegurar mas el buen resultado de esta expedición importante, quiso antes apoderarse de Huesca, y en el año de 1094 se puso con todas sus armas sobre esta ciudad. Grandes obstáculos se oponían á la rendición de la plaza: su renombre de *vencedora*, heredado desde el tiempo de los romanos, comprometía á que no le desmintiesen los muchos y muy aguerridos campeones que allí se habían refugiado. La fortaleza y seguridad de los muros era otro no pequeño obstáculo; pero lo que sobre todo daba mayor cuidado, era que los de Huesca en virtud de secretas inteligencias con D. Alonso rey de Castilla, habían conseguido de este monarca, despachase un cuerpo de tropas, que entrando por tierras de Navarra, distrajeran hácia aquel punto, sino todas al menos parte de las fuerzas que sitiaban á Huesca. Así sucedió en efecto, y los infantes de Aragon, DON PEDRO y DON ALONSO, que ya ejercitaban su valor al lado de su padre don Sancho, salieron de orden suya al encuentro de los enemigos. En la presteza y bravura con que los desbarataron, dieron una prueba brillante de su heredado valor y de fraternidad de armas. En medio de las guerras y funestas disensiones entre hermanos, que tan repetidas veces nos presenta nuestra historia nacional, consolador es por cierto encontrar aquí dos ilustres hermanos, tan unidos siempre por los vínculos del parentesco como por su unánime y constante cooperación á un mismo designio.

Quando los victoriosos infantes dieron vuelta al campamento, perdida era para los de Huesca toda esperanza de socorro. Tarde ó temprano la ciudad había de rendirse; mas este suceso no se verificaba con la prontitud que convenia al impetuoso carácter de don Sancho. A pesar de que tomando la plaza por asalto, no se haría dueño de ella á tan poca costa como había creído, estaba casi resuelto á apelar á este último extremo y salía con alguna frecuencia á reconocer las murallas enemigas. Aconteció que un día en estas exploraciones por los puestos avanzados del campamento, se adelantó el rey mas de lo que acostumbraba. Como que nunca faltaban en las almenas de Huesca, gentes para observar cuanto pasaba en la campiña, era espuesto caminar por allí. No faltó quien se adelantase á hacer presente esta circunstancia al rey don Sancho que iba solo y sin armadura delante de su séquito; pero él embebido en sus pensamientos no hizo caso del aviso. Era porque al reconocer los muros de la ciudad, había hallado por fin un sitio el mas á propósito en su concepto para dar el asalto y no pudo menos de mostrarse á sus gentes, deteniéndose un poco y estendiendo el brazo hácia la muralla. Una flecha silbó al mismo tiempo en los aires y vino con fuerza á clavarse en el costado de don Sancho, que herido de muerte, lanzó un grito de dolor al que contestaron otros de júbilo en las murallas enemigas. Cundió la nueva de esta desgracia con la celeridad del rayo por todo el campamento, produciendo en él suma agitación y llegando á tiempo de que los infantes don Pedro y don Alonso, acudiesen á recoger el último suspiro de su padre; con él también recogieron sus postrimeras palabras.

—Muero, hijos míos, les dijo; pero es con el consuelo de que vosotros, que habeis coadyuvado á mis empresas, sabreis terminirlas noblemente.

—Y vengar vuestra muerte, clamaron los jóvenes.

—Si, prosiguió el mayor, juntos pereceremos ante esa pérfida ciudad, ó conseguiremos que vuestra sangre quede vengada en la ruina y esterminio de sus orgullosos habitantes.

II.

Apesar de la animosa resolución de los dos hermanos para vengar cuanto antes la prematura muerte de su padre el rey don Sancho, seis meses eran pasados cuando el estandarte de la media luna aun tremolaba sobre los muros de Huesca. Bien conocían los sitiados, que cada gota de sangre del difunto monarca había de producir torrentes de la suya propia, y en virtud de esta convicción se defendían desesperadamente, sin omitir medio ni diligencia alguna para conservar su existencia y entorpecer la acción de sus enemigos. Tenían además á su favor otra ventaja de que sabían aprovecharse. En medio de los encontrados intereses de los poderosos de aquella época, y de la revuelta que en las costumbres y en el orden civil producían tantos años de guerra encarnizada, fácil cosa era indisponer á los unos contra los otros, y fortalecer un partido con aquellos mismos, que en el orden natural de las cosas debieran ser sus mas declarados enemigos. Que los habitantes de Huesca hallasen prontos á sostener su causa á los moros de Zaragoza, que al fin tenían su misma religión é intereses, no debe causar admiración; pero la maravilla es que contasen también en-

tre sus favorecedores, algunos señores cristianos. Los hubo que no escrupulizaron preparar sus huestes para que unidas con las de la morisma, cayesen sobre las tropas fieles que al mando de los infantes sitiaban á Huesca. Ejemplo que no es el único en nuestra historia para manifestar, que las pasiones é intereses particulares sofocan á veces la voz de la religión y el deber. División inconcebible en presencia del enemigo común, demasiado fuerte para obtener por sí solo ventajas decididas aun cuando no mediara escisión tan funesta. En otros países se separan después de la victoria ó se unen por obtenerla; pero en España los partidos se sostienen vigorosos é irreconciliables en medio de la lucha de que pende la suerte, la libertad y la civilización del país.

En la ocasión presente no se verificó esta especie de anomalía sin ir acompañada de uno de aquellos rasgos singulares, que revelan la originalidad del caballeresco carácter de nuestros antepasados. El infante don Pedro, el mayor de los dos hermanos, y el que aun en vida de su padre ya se titulaba rey de Ribagorza y de Sobrarbe, era entonces el que había heredado la corona y los estados de Aragón, y el que por consiguiente dirigía y apretaba mas el sitio de Huesca. Ya tenía el algún indicio de la conjuración y daño que se le aparejaba, mas para que no le quedase duda sobre el particular, cierto día le presentaron un desconocido al que sus tropas acababan de sorprender á la entrada del campamento, diciendo que necesitaba hablar al rey sin tardanza.

—Vengo á comunicaros, le dijo, un mensaje importante de parte de don García conde de Cabra.

Anublóse el semblante del monarca al escuchar aquel nombre, lo cual conocido por el mensajero se apresuró á decir:

—Bien conoce el conde mi señor que estareis quejoso de él, porque tomó parte á favor de vuestros enemigos; mas antes que pronunciais en reconvenções contra su conducta, permitidme que os la explique. Debeis ver en él, un hombre que precisado por sus compromisos y por la fidelidad que debe á su pabara á ser vuestro enemigo, quiere al mismo tiempo ser un contrario generoso. Pudiera acometeros de improviso, hallándoos desprevénido; mas le repugna todo medio de vencederos, que no sea el de su noble esfuerzo. Me envía espresamente á deciros que sus vasallos con los de don Gonzalo y las numerosas tropas de Almozaben, rey de Zaragoza, vendrán de un momento á otro á caer sobre este campamento y haceros levantar el cerco de la ciudad. Previo este aviso, podeis atender á vuestra seguridad, por qué temerario sería resistir á tantas fuerzas reunidas y en este caso debereis vuestra salvación al mismo que contra vos empuña la espada, mas si os apercibís á la pelea, será esta un desafío á toda ley y cortesania.

—No me estraña la artificiosa conducta del conde, ni desconozco sus secretas y ambiciosas miras: lo que sí me pasma, es que haya hombres.....verdaderos aragoneses que le sigan. ¿Es posible que esos soldados, algunos de los cuales militaron bajo las banderas de mi padre, tengan valor para venir á clavar sus aceros en el pecho de sus hermanos de armas?

—Subditos valientes y leales, los que siguen al conde de Cabra, sabrán cumplir sus mandatos y arriesgarse por él en la batalla, al paso que desearian que el cielo les otorgase la merced de emplear sus brazos y espadas en pro de otra causa mejor.

—Dices bien.

—¿Me ordenais alguna cosa que decir al conde mi señor?

—Sí: podeis decirle, que agradezco su aviso aunque no lo necesitaba, que en cuanto á levantar el asedio de esta plaza, hemos hecho juramento de no verificarlo hasta su rendición y castigo, y que si no nos es dado cumplir nuestro juramento sera, porque antes pereceremos

lidiando con los que se precian de desleales á su religión y su patria.

III.

Cuando, segun lo prometido, llegaron las tropas coligadas á vista de Huesca, hallaron á las de Aragón apercibidas á todo trance. Estaban los moradores de la plaza, tan debilitados por el largo sitio, carencia de vituallas y por las fatigas de la guerra, que seguro el rey don Pedro de que no saldrian á molestarle, no titubeó en dejar á sus espaldas la ciudad, saliendo á presentar batalla á sus enemigos en la estensa llanura de Alcoraz, celebre desde el suceso de esta contienda. Allí reunidas las tropas de los dos hermanos esperaron á los enemigos, que si eran superiores en numero, no estaban tan disciplinados ni tenían tan buena causa que defender. El infante don Alonso que mandaba la vanguardia, fué el que impelido por el ardor de su juventud y su enojo santo por la muerte de su padre, se precipitó el primero espada en mano sobre los enemigos. Siguióle con todo el grueso de la gente de guerra, el ilustre Bacalla, el progenitor de la estirpe de los Lunas, y el que por su valor y merecimientos, obtenia entonces toda la prianza de los dos principes. El rey don Pedro, dispuesto á acudir donde mas necesaria fuese su presencia, animaba con su resolución y serenidad á los que advertia sobrecogidos por el gran numero de infieles que ocupaba el valle. Entretanto la batalla se hizo general sin que la victoria se inclinase á uno ni á otro bando, á pesar de los inauditos esfuerzos de los dos partidos beligerantes. Los ciudadanos de Huesca no se atrevieron efectivamente á salir de sus murallas, limitándose á contemplar desde lo alto de ellas una lucha tan terrible en aquella vasta campiña, donde tremolaban tantas banderas, donde destlumbaban los vivos reflejos del sol en cascos y corazas, y donde resonaba un espantoso estruendo, producido por los clarines y otros instrumentos belicos, por el continuo golpear de las armas, lamentos de los heridos, clamor y algazara de los vencedores. Antes se acabó la luz del día, que el ardoroso brio de los combatientes y fué preciso reservar para el inmediato, el término de una contienda que impedían continuar las densas tinieblas de la noche. Congojosa fué esta para los cristianos que desconfiando aun del éxito de la batalla deseaban apresurarle cuanto antes. Don Pedro, el mayor de los dos hermanos y el que tenia mas responsabilidad en las consecuencias de aquella jornada, pasó toda la noche á solas en su tienda y abismado en tristes reflexiones. Sentia á veces desfallecer su valor; mas cuando le acometia tan inusitado desaliento, acordábase de su padre y aun se le figuraba delante de sí, con ojos brillantes como fuego, indicándole con espresion amenazadora el sitio donde tenia clavada la flecha. De esta especie de enagenacion mental salia el infante con mayor denuedo, y tan resuelto á la pelea cual si ya le animase secreto presagio de la victoria. No se dudó un momento de ella así que la aurora anunció el nuevo día, con cuya luz se distinguió claramente á los enemigos desfilando en retirada por el camino de Zaragoza. Como las tropas de Aragón habian permanecido sobre las armas toda la noche, partieron con celeridad inaudita en pos de los fugitivos, dándoles alcance para hacer en ellos una horrible matanza. La gente del rey Almozaben á pesar de ser la mas interesada en aquella lucha, fué la primera á huir y pasada á cuchillo; pero los pocos soldados cristianos que habian auxiliado á los moros preferian morir en sus puestos antes que volver las espaldas. Hubiera perecido hasta el último, si los infantes gozosos por la victoria y cansados de tanta mortandad, no hubieran cruzado el campo en sus veloces caballos gritando.

—Dad cuartel á los cristianos.

A esta voz repetida en el acto por los gefes del ejér-

cito, debieron muchos la vida y entre ellos el mismo conde de Cabra, hecho prisionero en la refriega. Así terminó esta batalla la más reñida, sangrienta y memorable de la época. El número de enemigos muertos se hace subir á cuarenta mil, entre ellos cuatro reyezuelos ó capitanes principales. Por esta causa el vencedor don Pedro ordenó, que en los cuarteles de su escudo, se pusiesen

cuatro cabezas rojas sobre el fondo plateado donde ya estaba grabada la cruz de Aragon.

A los nueve días de la batalla, este nuevo blason de la victoria, ya estaba plantado sobre las rendidas murallas de Huesca.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS DE AGRICULTURA.

Cultivo del Té.



El arbolito cuyas hojas producen esa bebida aromática que la costumbre ha hecho indispensable á muchas personas, es indígena de la China y del Japon, únicos países donde se cultiva con un objeto útil. Esta siempre verde y se semeja algo al mirto. Su altura varía entre tres y seis pies; resiste los climas mas opuestos, pues se cria igualmente en las cercanías de Canton, donde el calor es al-

gunas veces insoportable aun para los naturales del país, y en las de Pekin donde el invierno es generalmente tan rigoroso como en el Norte de la Europa. Pero sobre todo en la provincia de Nankin, cuyo clima goza de un temperamento medio entre los dos extremos de que acabamos de hablar, es donde se coge el té de una calidad verdaderamente superior. La mayor parte del que se lleva á los mercados de Canton y se vende á los europeos está preparado por los industriosos habitantes de la provincia de Fokien. Esta planta preciosa parece prospera mas en los vallados, sobre la pendiente de las colinas espues-



Cultivo del Té.

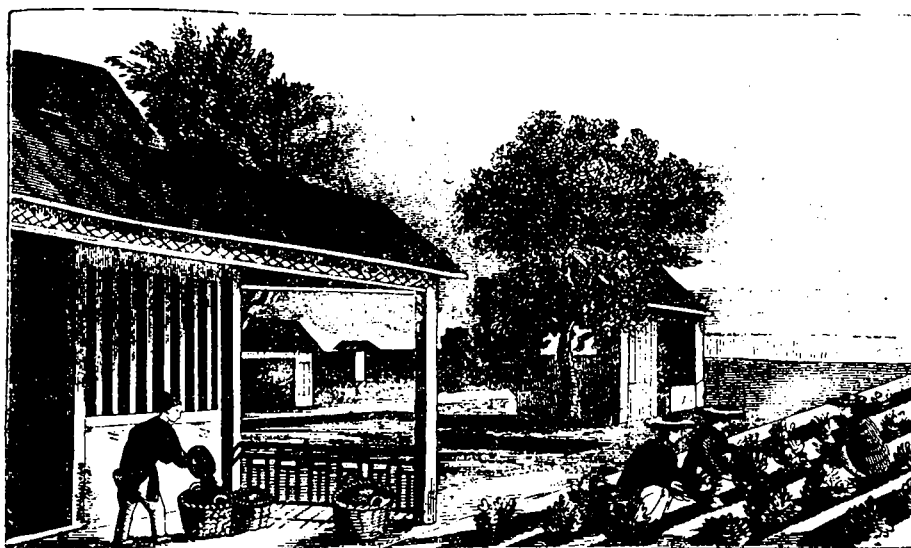
tas al mediodía y principalmente en las orillas de los ríos y arroyos.

Giovani Botero, que en 1590 publicó un tratado sobre las causas de la prosperidad de los pueblos, es el primer autor que ha hablado del té sin pronunciar su nombre: pero lo describe tan bien que es imposible equivocarse, los chinos, dice, tienen una planta de la que extraen un jugo delicado que les sirve de bebida, reemplaza al vino y los preserva tan bien de todas las enfermedades que causa entre nosotros el uso immoderado de los licores fermentados.

El arbol del té se propaga por la simiente. Esta operación está representada en la primera lamina que acompa-

ña á este artículo. Abrense á iguales distancias unos agujeros que forman hileras regulares, y en cada uno de ellos se depositan seis y aun doce granos; porque apenas es productiva la quinta parte. Se los riega cuidadosamente hasta que llegan á brotar, y aunque entonces pueden pasarse sin este cuidado, el cultivador inteligente prepara el terreno todos los años y lo limpia de yerbas inútiles.

Algunos viajeros aseguran que el mejor té se cria en las montañas escarpadas en medio de los recipientes, y que no pudiendo los chinos llegar á esos lugares inaccesibles, acostumbra perseguir á los monos que los habitan y provocarlos arrojándoles piedras, á fin de que es-



Cosecha de las hojas del Té.

ritados estos animales por tales medios les lancen en cambio ramas de té. Este cuento ridículo se refuta por sí mismo, pues que se trata de una planta que necesita la industria del hombre para medrar.

La primera cosecha se hace al cabo de tres años; las hojas están entonces en todo su verdor y son muy abundantes; a los siete años el árbol ha llegado ya a toda su altura, y el follaje es escaso y correoso; entonces se corta el arbolito por el pie, lo cual produce en el siguiente estio una cosecha fértil de vastagos nuevos; algunas veces sin embargo se diliere esta operación hasta los diez años.

Cógese el té con las precauciones mas minuciosas; cada hoja es arrancada separadamente del tallo; y se exige una excesiva limpieza de los que se ocupan en este trabajo. Existe en el Japon, cerca de una ciudad llamada Utsi, una montaña donde se cree que el té adquiere un sabor mas esquisito, por cuyo motivo se reserva todo para el emperador: un ancho foso rodea aquel lugar privilegiado y prohíbe su entrada a todo el mundo a escepcion de los guardas. Protegido el arbusto por sus asiduos cuidados sufre poco la intemperie de las estaciones, pues hasta se procura que nunca contenga polvo su follaje. Algunas semanas antes de la recolección, los trabajadores destina-



Desecacion y preparacion del Té verde.

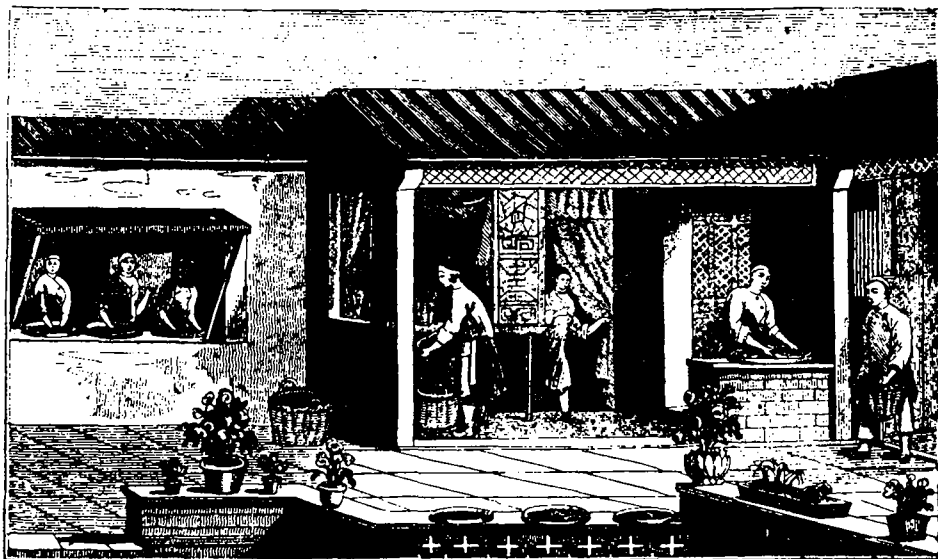
dos á ella, se alimentan con viandas escogidas, porque hasta se teme la influencia de su alito. Durante esta operacion sus manos estan cubiertas con guantes; y se bañan dos ó tres veces al dia.

A pesar de la lentitud de tales procedimientos, un hombre solo puede coger de diez á quince libras de té en un dia. Se hacen tres ó cuatro cosechas al año desde fines de febrero hasta el mes de agosto; los productos de la primera son los mas estimados; en China se les llama té imperial, no van á los mercados del Canton, y las últimas cosechas mas ó menos mezcladas son casi las únicas que llegan á Europa.

Estan de tal modo divididas las tierras en la China, que el numero de haciendas de alguna estension es muy reducido, si es que existe; el propietario y su familia bastan comunmente para el laboreo, y las hojas se venden en el acto á las personas que se encargan de secarlas y de ponerlas en estado de ser remitidas á los mercados de Canton.

Los medios empleados para la desecacion varian segun la calidad. Algunas veces se contentan con esponerlas bajo un velo á los rayos del sol, removiéndolas frecuentemente; el método representado en el tercer grabado y que vamos á esplicar, solo se aplica al té verde.

La pieza destinada á este uso contiene de diez á veinte hornillos, en cada uno de los cuales se coloca una vasija de hierro poco profunda. Al otro extremo hay una larga mesa muy baja, cubierta de esteras. Cuando las vasijas están calientes á la temperatura conveniente, se echan en ellas algunas libras de hojas recién cogidas; apenas perciben el calor se abren y sueltan parte de su jugo; entonces es preciso menearlas con la mane, con suma ligereza hasta que no puedan tocarse, sin quemarse los dedos; en seguida las sacan con una especie de cuchara plana y las depositan sobre las esteras, donde los que deben enrollarlas las cogen en pequeñas cantidades y las vuelven en la palma de la mano cuidando de no darlas mas que una sola direccion; otras personas echan aire con unos



Preparacion y mezcla del Té.

abanicos, á fin de que refrescadas al momento conserven mejor su pliegue. Esta misma operacion se repite tres ó cuatro veces, y mas si es necesario; pero en cada una de ellas las vasijas reciben un calor menos fuerte, y los mismos procedimientos se renuevan con una lentitud y precauciones siempre progresivas. Hubo un tiempo en que se creyó que el té verde se secaba en platos de cobre, y que su color era debido á esta circunstancia que hacia al mismo tiempo perjudicial su uso; pero la falsedad de esta opinion esta hoy reconocida.

El origen del uso del té en China se pierde en la noche de los tiempos: es universal en todo el imperio y se encuentra en la mas humilde cabaña, como en el palacio imperial. El que el pueblo consume es, no solamente de una calidad inferior, sino muy floja; porque los naturales del país aprovechan las hojas ya hervidas, rociándolas con agua fria.

Los chinos toman el té tres veces al dia por lo menos, y las gentes acomodadas muchas mas. Forma una parte de los sacrificios religiosos. En China se prepara del mis-

mo modo que entre nosotros, pero no se añade ni leche ni azúcar.

He aquí algunos detalles dados por Mr. Ellis acerca de una visita hecha por lord Amherst á Kiang, mandarin de una clase elevada: «el té que nos sirvieron, dice, es el llamado Yn Tien, que solo se emplea en las grandes ceremonias: es una hojita verde y muy aromática; sobre las tazas de lord Amherst y de Kiang pusieron una vajilla de plata horadada, á fin de detener al pasar el líquido la mas pequeña particula de las hojas. Estas tazas se asemejan á las nuestras de café y se colocan sobre bandejas de madera ó metal que recuerdan los barcos chinos.

En el Japon donde el té es tambien una bebida común á todas las clases, se le reduce á polvo estremadamente fino; se llenan las tazas de agua hirviendo y se echa en cada una de ellas con la punta de un cortaplumas, un poco de este polvo. Se guarda en cajas muy elegantes.

El poco tiempo que ha transcurrido desde la introduccion del té en Inglaterra, puede hacer mirar como un verdadero fenómeno la estension prodigiosa de este ramo

de comercio. Dicese que los holandeses introdujeron su uso á principios del siglo XVII; pero no se encuentra ningún vestigio hasta 1630. Diez años despues, un acto del parlamento lo equiparó, como materia imponible, al café y al chocolate. Su uso sin embargo estaba muy distante de generalizarse aun entre las personas de alto rango. Pepys dice en su diario de 23 de setiembre de 1661:

«Envíé á buscar una taza de té, bebida china que jamás habia probado.»

Tres años despues, algunas libras de té no eran consideradas como un presente indigno de un rey; Carlos II recibió semejante agasajo de la compañía de las Indias Orientales que en 1667 dió por la primera vez orden á sus agentes para que le enviaran cien libras; dicese que las primeras se vendieron á sesenta chelines cada una. (500 rs.)

Este comercio no hizo mucho progreso en Inglaterra. Al principio del siglo XVIII la importacion no subió á ochocientas mil libras en los dos primeros años, pues solo era entonces un objeto de lujo reservado á la opulencia; servíase el té en teteras de la más hermosa porcelana, y se tomaba en tazas tan pequeñas que apenas contenian un par de cucharadas. Es probable que á esta época se refiera la sabida anécdota de John Bull, que cuenta que una muger campesina al recibir de regalo algunas onzas de té creyó que era una legumbre estrangera; la hizo hervir

mucho tiempo para dejarla muy tierna, en seguida arrojó el agua y logró persuadirse que aquel plato de nuevo género era excelente. En 1831 entraron en Inglaterra 26,045,225 libras de té.

En Francia el uso del té no se estendió en mucho tiempo fuera de un reducido círculo de casas ricas, de algunos cafés y de los puertos de mar que están habitualmente en relaciones con la Inglaterra y Holanda. Hoy se cuentan pocas casas de familias acomodadas, no solo en las ciudades, sino hasta en el campo mismo, donde no se use el té, ora como medicina, ora como objeto de consumo, principalmente en las sociedades llamadas *soirées*. En Portugal esta tan en boga su uso que el mayor obsequio que puede recibir un forastero ó estrangero es una taza de té que llaman *char*. En los Estados Unidos, las sociedades de la templanza, que se esfuerzan por arrancar al pueblo de sus hábitos de embriaguez, han llegado á sustituir en muchas partes el uso del té, al de los licores fuertes. Este cambio ha producido notables mejoras en la conduccion de los barcos y carruages, en la construcción de caminos y de trabajos industriales de toda especie. Respecto á la influencia que esta substitution puede ejercer sobre las costumbres del pueblo, es demasiado evidente para que nosotros nos detengamos en demostrarla con ejemplos que podriamos tomar de ese mismo país que acabamos de citar.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

Biografía de un duro.

Todos los hombres tenemos lo que se conoce vulgarmente con el nombre de manías; las sociedades las tienen tambien y hasta los pueblos y las naciones enteras no están desgraciadamente exceptuadas de esta plaga. España es uno de los países de que se ha apoderado con más impetuosidad la mania de imitar á todos los demas, de ahí el origen de las modas ó sea el arte de buscar los medios de asemejarse unos á otros; de ahí ese furor de hacerse empleado, de donde proviene la afeccion de la empleomania. El escribir de literatura es tambien hoy una verdadera mania; apenas un muchacho ha limpiado á su ropa el polvo que cogió en los bancos de la cátedra, en las escasas y ceremoniosas visitas que la hacia, cuando esclama grave y satisfecho: *ya soy literato*. Y armado de sus gafas ó su lente, inmutable inseparable del hombre que se dedica á las bellas letras, y calado su sombrero hasta las cejas, mide sus pasos reflexivo y meditabundo sin dignarse dirigir una mirada á los demas como no sea desdeñoso y expresando una pedantesca superioridad. En estos calamitosos tiempos que corren, primero que á manejar la pluma y á hojear nuestros autores clásicos se aprende á esteriotipizar el individuo y despues se arroja impavido cualquier moquete imberbe en brazos de la proteccion de un editor, y dispone á su antojo de la parte inferior de un periódico, zurciendo folletines ó plagian-do y prohibiendo novelas francesas ó rancios cronicones. Esta es la literato-manía, y hay literatos en pretension, literatos de surtido y pocos literatos buenos y de profesion. Yo que no me considero exento de las manías que afligen á la humanidad, fui pretendiente á un empleo y como no logré alcanzarlo cai tambien en la mania de escribir. Púsemé á ello con grande entusiasmo despues de aderezar mi pluma y disponer

mi papel en cuartillas, lo primero que me ocurrió fue empezar con un asunto histórico, pero no me salia bien y empecé con una letrilla satírica, y como tampoco me ocurriesen conceptos, abandoné este camino: ultimamente despues de empezar siete distintos pensamientos y cada uno siete veces, resolví aburrir de mi poca vena y convencido de mi mucha necesidad en emprender una senda tan estrecha y tortuosa, sin haber siquiera reparado en las huellas brillantes y luminosas que dejaron los que antes la recorrieron y recorren con tanto acierto y seguridad; resolví, pues, salirme á pasear, ocupacion diaria y frecuentemente unica que desempeño con una maestría y un aplomo particular, y que si no me dá honra ni provecho, no me deja ignorar por lo menos las ocurrencias de la capital, la aparicion del cometa, las noticias políticas, y el asunto sobre que versa la discusion en las cortes. Leo en el café los periódicos y todos los anuncios y carteles que se fijan en las esquinas, estoy al corriente de las publicaciones nuevas de periódicos, libros, etc.; doy razon de las funciones de teatros, de quien posee el específico para curar radicalmente y sin molestia los ca-llos, y por ultimo de donde se vende el acreditado bálsamo tónico-purgativo panquinmagogo perfeccionado. Todo esto lo veo, lo oigo, lo leo sin costarme el dinero y sin que tenga necesidad de que me lo cuente nadie.

Sin embargo como esta ocupacion no se paga ni está como debiera pensionada por el gobierno, cuando creo seria de gran utilidad estos ayuda-memorias universales, no estrañaran los que hasta aquí hayan tenido el heroico sufrimiento de leerme, que mi estado financiero corra parejas con el del estado, es decir que mis acreedores son tantos y por tan considerables sumas como los de este; son no obstante los que representan el suficiente número de artífices, maestros y proveedores que cualquier hombre honrado necesita para cubrir sus necesidades físicas y estomacales. Esta es una de las razones más poderosas que generalmente me hace huir del nido con los primeros albos de la mañana, y al que no vuelvo sino á la

hora crítica de efectuar la trasmigración de mi tísica olla á la enorme y ardiente cavidad de mi estómago; esto es si no me he hallado algún amigo antiguo que llegue casualmente de afuera, y al que por vía de portazgo ó derecho de aduana, le exijo dos pesetas con mucha prisa y urgencia para pagar una friolera en una tienda, celebrando la oportunidad de encontrarlo porque me evita un viaje á mi casa, y corriendo si logro mi intento á depositarlas á una modesta hostería ó cuando mas á la fonda de Europa.

El día en que me dió la ridícula manía de escribir, me encontraba no sé por qué anómala casualidad, con la dicha de contar en mi ascado bolsillo (y digo ascado por que es la parte mas desusada de mi vestido) la considerable suma, el inagotable tesoro para mi de veinte y cuatro rs., en dos monedas que fácilmente adivinarán mis lectores: cuando quise echarme una ojeada y reparar en cual de los objetos que me rodeaba podría emplear mi cuantioso capital, eran tantos los que pretendían y suplicaban relevo que por querer atender á todos no me encontraba con valor suficiente para emplearlo en nada. Sacaba mis monedas, las contemplaba ansioso, las miraba con la escrupulosa atención de un anatómico, leía el año de ellas, y después lamentando el sacrificio con ánimo decidido y resolución heroica me las volvía á guardar.

Esta operación la efectué distintas veces después de salirme á la calle, y enderezando mi escalada y aerea persona por el Prado, seguí caminando maquinalmente y como impulsado por secretos resortes hacía el paseo de las Delicias en dirección del Canal, como si el movimiento regular y automático de mis piernas estuviera de acuerdo con la sucesión de ideas y reflexiones téticas y desconsoladoras en que me había sumergido entonces después de la revista metálica. En aquel momento hacía en mi mente los raciocinios mas abstractos que pudiera imaginar el mas afezado filósofo, nada para mí significaban el dinero, ni ambicionaba riquezas ni gloria, ni comprendía la agitación y continuo desasosiego de la multitud; solo en mi sombría contemplación, en mi éxtasis sublime, leía en el firmamento Dios, universo, creación... y el hombre, nada. En este estado, casi de enagenación mental, y peligroso por el parage, promediaba por entre las espesas calles de árboles y orillas del agua la distancia que separa á el embarcadero del puente de Santa Isabel, cuando hirió mis oídos una voz lastimera que parecía salir del fondo de la tierra y que decía: «triste de mí!...» Miré á todos lados, di algunos paseos en todas direcciones y mi admiración crecía al paso que no lograba descubrir ningún humano ser viviente: tú, compañera improvisada de encarnelamiento, pretendes que te relate la historia de mis infortunios! repitió la voz con tono mas lóbrego. Esta vez confieso que bañaba mi rostro un sudor copioso, un frío glacial se apoderó de mis miembros, al reconocer que aquel acento era yo mismo quien le producía, á pesar que mis labios permanecían cerrados e inmóviles.

«¡Pues bien, continuó, te contaré breve y compendiosamente mi aventurera vida, que si se hubiera de escribir, no bastaría una masa de tinta igual á la que se aposenta de agua entre las márgenes de este hediondo canal! »

Al llegar aquí observé con menos espanto, aunque con mas admiración, que la voz salía del fondo del bolsillo de mi chaleco; fui á echar meno y con las yemas de los dedos dentro de él me quede parado y estupefacto sin determinar á profundizar por temor de interrumpir al que decía así:

«Nací en las inmediaciones de Méjico, de padres nobles y honrados, según me han asegurado, porque nunca los conocí. Mi madre se llamaba Mina, y murió de sobre parto, y mi padre el Tiempo, ambos señores muy respetables: mi padre vive pero es tal su afición á los viajes que nunca hace parada en ninguna parte, siempre va corriendo, ya es anciano, y dicen los que le conocieron que tiene

muy mal génio. En fin, como mi padre me abandonó, tuvieron la caridad, Dios se lo premie, de recogerme en una casa de expositos, donde á fuerza de calentarme los huesos me sacaron ya descortezado, y como dicen los de esta tierra sin el pelo de la dehesa; pero donde acabaron mi educación fué en la misma capital de Méjico. Allí me bautizaron porque es uso de mi país reformarle á uno la cara y no recibir este sacramento hasta que están persuadidos que es el niño susceptible de larga vida. Reformaron mi rostro poniéndome de manera que parezco hermano de Carlos IV; me bautizaron con el nombre de peso duro español, me pusieron nacido el año de 1790, y me dieron el empleo de veinte rs. al servicio del rey de España. Inmediatamente me reunieron con muchos otros paisanos míos y me entregaron á un general para militar bajo sus órdenes; pero él dijo que soldados tan formidables y naturales del país, éramos peligrosos y que mejor estaríamos en la península: discurriendo así nos mando á todos prisioneros de guerra. Aquí empieza el triste relato de mis desgracias. Después de una navegación feliz en que nada ocurrió notable, arribamos á Cádiz, y allí nos entregaron, recomendados escrupulosamente, á una señora, esposa del general; étenos en tierra extranjera y sin experiencia de mundo; mientras estábamos reunidos se pasaba tal cual, pero bien pronto empezaron á diseminarnos destinando á cada uno á distintos depósitos y cuarteles. ¡Valgame Dios cuantos trabajos y sinsabores he pasado en este proceloso mundo! (ya habrán conocido mis lectores que la conversación pasaba entre el duro y la peseta que hacían mi tesoro y mi felicidad aquel día). Á mí me destinaron inmediatamente, y después de haberme tenido encerrado y privado de la luz del sol en un secreto cajón de una cómoda, al poder de un comerciante que daba ganancias á los que nos ponían de sirvientes ó en tutela, es decir, que nos alquilaban como si fuéramos trages de máscara.

Ya por fin salí de Cadiz después de otros sucesos insignificantes, y me transporté á Madrid con gran contento mío y con esperanzas de mejor fortuna en el mugriento zurrón de un mayoral de mensagerías. Aquí me entregó mi conductor por encargo de su familia á un joven que se hallaba estudiando y que en unión de otros compañeros míos traíamos el encargo especial y única misión de servir para satisfacer el importe de su posada. Puedes concebir lo veloz y puntual que acudiría mi jóven amo, retratándose en su semblante y en el de otro camarada que le seguía las muestras mas evidentes del gozo y satisfacción. Pero ¡qué rápidos fueron estos momentos y qué fugaz mi existencia en su poder! En manos de un estudiante un peso duro es como la aparición brillante de un meteoro cruzando temerario y atrevido el espacio que ilumina sin lucir, es como el pálido reflejo de un relámpago que huye antes de aperebirse el que lo mira, y cuando se ha esperado largo tiempo; no celebrarían tanto los judíos la llegada del Mesías ni recibieron al Salvador en Jerusalem con tanto aparato y regocijo, como se magnifica y aplaude su ingreso en el esquilado fondo estudiantil.

La noche comenzaba á estender sus sombras cuando esto acaecía y mi amo y su amigo entablaron una agitada discusión acerca del objeto á que me habían de destinar, olvidando la sagrada misión para que había sido llamado: ello es que después de andar un rato me encontré en una sala donde se desplegó á mi vista un espectáculo nuevo y que me llenó de admiración. Al rededor de una mesa circular en cuyo centro se divisaban montones de paisanos y compañeros míos, se hallaban sentados una porción de hombres, que palidos como la muerte y silenciosos como el sepulcro, fijaban su vista inmóvil en las manos de otro hombre que corría con gravedad y uniforme movimiento las cartas de una baraja. De pronto aquellos hombres que contemplaban con sobrenatural fijeza al que debía decidir

su suerte, se conmovieron con distintos afectos aunque era igual la causa que les había impulsado aquel eléctrico sacudimiento. ¡Me hallaba en una casa de juego! Allí me habían conducido mis incautos poseedores: allí donde cada instante, cada momento se firma quizá la sentencia de muerte de algún infeliz que se ha dejado arrastrar por tan abominable pasión; allí donde se condena á una familia entera á la indigencia, allí que al par que se juega el dinero se aventura el honor y la reputación; allí en fin donde el hombre encargado de recorrer el velo de las ilusiones y de las esperanzas recoge el fruto sin duda de algún crimen! A esta tenebrosa mansión me condujeron y bien pronto comencé á girar en torno de aquella familiar mesa. Cien veces salía de su centro, y cien otras volvía á quedar en él; algún día logré que me arrancaran de aquella casa pero fué para volver con mas violencia; ya por fin salí de aquel baratro infernal cuando después de girar, dar círculos rápidos como una peonza sacudida por el inocente brazo de un niño, vine á parar mi movimiento como aquella estingue su vida, en lo mas céntrico de las circunferencias que describe. Es decir, me había tocado la suerte de remunerar al dueño de la casa que prestaba su tranquilidad, y levantaba el edificio de su fortuna sobre la ruina de los demás.

Este hombre cuyo semblante no parecía inmutado con la horrible tortura del remordimiento; era padre de familia, se procuraba una ostentación sin límites, era dádivo, y aquel mismo día salí de su inundo poder á favor de la cariñosa suplica de una linda jóven dieciochena, hija suya, y que imploraba la paternal generosidad para adquirirse el indispensable guante anteado que ciñe la torneada mano de las niñas de su edad.

Aquí te confieso, compañera de infortunio, que transcurrieron mis instantes como en un sueño delicioso; la linda jóven me contempló con el rostro radiante de alegría, depositandome después con maternal cariño en su inocente regazo; sorprendí sus secretos, contaba los latidos de su corazón, no se me ocultaban sus mas íntimos pensamientos, y alcancé las primicias de su pecho virginal. Si mi destino me hubieran consultado, jamás lograrán el consentimiento de mi separación, aquel era mi centro, la realidad de mis esperanzas y el término de mi ambición... ¡Oh! y qué deliciosos fueron aquellos momentos! por qué no me habrá confundido el cielo antes de apartarme de aquella celestial criatura! En fin, estos no son mas que desahogos tristes y dolorosos recuerdos de una pérdida cuya ingratitud lloro, y cuyo amor solo alcancé mientras tuvo obstáculos con que luchar para rendirme.

Cuando me ví tronado y rotas mis relaciones por el fútil é insignificante pretexto de unos guantes, tomé la desesperada resolución de viajar y emigrarme á tierras extrañas, resolución á que contribuyó en gran parte un camarada antiguo que se ofreció acompañarme. Atravesé la Francia y pasé á la Bélgica, donde no comprendía el idioma y que por primera aventura me rompieron la cabeza y me dejaron tuerto; si, me la rompieron imprimiéndome un sello ardiendo en la frente á manera de condenado á los trabajos públicos; esta es la señal que conservo de aquel país, un ojo menos que se quedó en los relieves del grabado. Con tal recibimiento, ya supondrás que me apresuré cuanto me fué posible para salir de aquel país, y no hallando proporcion de restituirme á España, pasé á Inglaterra donde como si no fuera bastante un sello, me imprimieron otro en esta megilla derecha; sin esta circunstancia nadie me hubiera protegido, porque en aquellas tierras parece ignominioso el nombre español, no se respeta su pabellón, y hasta los que pretenden entrar á su servicio tienen que sufrir la purificación de un sello.

Maltratado y mohino tuve la suerte de que me recogiera un lord inglés que había determinado hacer un via-

je por España; nos pusimos en camino y arribamos felizmente.

Necesitaria mucho tiempo si hubiera de contarte minuciosamente toda mi vida, solo pretendo bosquejar algunos de los pasajes mas importantes de ella; porque cuando podría detallarte el como he sido enterrado en vida y otras cosas de este genero? Bástete saber por ahora que con frecuencia me han utilizado para pagar una luneta del teatro; soy tambien el tipo comun, el precio señalado por arancel que sirvo (y muchas veces he servido) para recompensar los halagos lisonjeros y engañosos de lindas y esbeltas viuditas de capitanes y coroneles ó de huérfanas de consejeros, que se muestran amables y sensibles para mitigar la pena y el ardor de una pasión fogosa muchas veces funesta! ¡Y cuántas nos merecieran una condecoración honorífica por tan ilustrada filantropía! Tambien represento un papel brillante en las fondas de París ó de Genieys, pago las misas de difuntos ricos; sirvo en el café para ratificar la paz de dos rivales desafiados á muerte, soy el consuelo de la desgracia; alumbro al Santísimo Sacramento y colocado en la nevada mano de una elegante y hermosa señora sirvo para llamar la atención golpeando en la bandeja de la limosna para los niños expósitos.

Después de todos estos sucesos, tristes unos y halagueños otros; después de tantas miserias, que he sufrido moral y físicamente, acaban de dar á mi ancianidad el golpe postrero. La depravación y maldad de los hombres no satisfechos con el ridiculo y veleidoso papel que me han hecho representar casi siempre en la sociedad, me han arrastrado hasta el punto de ser mofado, escarnecido y despreciado por todo el mundo. Si; unos hombres que comerciaban con nosotros y que nos trataban como á vieles esclavos, me condujeron á Gibraltar, donde en el tenebroso subterráneo de una alquimia, y sin apiadarse de mis suplicas, sufrí todos los tormentos que en otro tiempo empleaba para los hombres un santo y sanginario tribunal.

Allí me atenazaron, me aserraron y me sepultaron en las llamas; ultimamente me estrajeron hecho una momia, disecado como una ave, arrancadas las entrañas y trabajaron convencidos de mi inocencia en restituirme á mi forma primitiva.

El fuego y la tortura habían desecado mis miembros y les fué necesario para devolverme mi volumen natural, que otro cuerpo extraño y oscuro como el crimen, reemplazara á aquel que habían sustraído. Desde entonces mis canas tan solo han sufrido los desaires del menosprecio, y mis oídos acostumbrados á las lisonjas y á los halagos, no oyen ya mas que crueles inectivas y sarcasmos. Si; me desprecian, me llaman falso.....falso yo! cuando la franqueza ha sido siempre mi lema y la honradez mi escudo. Yo que me he visto codiciado de los hombres y ahora....

Al oír estas últimas palabras hirió rápida mi imaginación una idea que me consternó. Hundi los dedos, que habían quedado suspensos en el borde de mi bolsillo, saqué la parladora moneda, la miré por todos lados, la balanceé en la yema de uno de mis dedos, la hiqué el diente, y.... ¡Oh rabia y desesperación! aquel duro en que se cifraban todas mis esperanzas.... era RELLENO!

J. LEGUEY.



LOS ADORADORES DEL FUEGO.

La tribu de los parsis habitaba antiguamente la Persia, hasta que lanzada de este país por una invasión de los árabes, fué á establecerse en el mediodía del Indostan. Niebuhr, en la historia de sus viages, habla de ella como un pueblo tranquilo, de costumbres dulces, hospitalario; y dá pormenores muy curiosos acerca de las costumbres, conocimientos y ceremonias religiosas de esos últimos descendientes de los antiguos persas. Todavía hoy pasan por sectarios de Zerdust ó Zoroastre, reconociendo como él un Dios eterno y omnipotente. Sin embargo en este deísmo hay cierta mezcla de idolatría, porque tributan culto al sol, á la luna, á las estrellas, y sobre todo al fuego, mirándolos como símbolos visibles de Dios invisible. Como las vestales de los romanos conservan en sus templos un fuego perpétuo que alimentan con cierta madera odorífica y muy costosa, á lo que parece, pues además del fuego sagrado sostenido en los templos á espensas de la tribu, los mas ricos del país que pueden procurarse esta madera preciosa tienen también su fuego per-

pétuo en sus casas. Niebuhr asegura que en Bombay ha visto en un templo de los parsis uno de esos fuegos que no se había apagado en doscientos años, y llega á tanto su veneración hácia este elemento, símbolo según ellos de la vida y de la eternidad, que no se atreven ni aun á soplar una luz, temerosos de que su soplo empañe la pureza de la llama. Por lo que hace al culto que tributan á los astros, se explica por la influencia que les suponen sobre los destinos de este mundo en general, y sobre los de los individuos en particular. Por lo demás carecen de toda idea de astronomía. No falta quien diga que si pudiese haber una idolatría racional y que no ofendiera á la magestad divina, sería sin disputa la de los adoradores del fuego y del sol que es su mas fecundo manantial. En efecto, ¡qué mas brillante símbolo del brillo de su magestad divina que ese astro en el cual nos dicen los profetas hebreos; *Dios ha colocado su tienda! (Et posuit tentoria in sole)*.

